

CAPITULO XI.

Aun se podría asistir á una reunion por el estilo.

Julio y Eloy acudieron á la reunion de la condesa de Monte-Alto, que era á la que estaban invitados.

Eloy se aprovechaba en grande de las relaciones de Julio en Madrid, y precisamente en la reunion aquella habia sido presentado por el hermano de Carolina.

Los salones de la condesa estaban deslumbrantes, estaban iluminados á *giorno*.

Mujeres de resplandeciente hermosura veíanse por un lado y otro, y de vez en cuando el piano dejaba oír sus argentinas notas, y una voz de ángel entonaba una cancion dulce y agradable que conmovía todos los corazones.

Ya dejaba oírse la *Serenata* de Gounod, ya un ária de *Linda*, ya el *Ave-María* de Schubert, ya una sinfonía de Beethoven, ó una melodía de Mendelssohn.

Tambien algunos poetas de estirado frac y guantes blancos, de barba perfumada y de aristocráticas maneras recitaban de vez en cuando versos á un lirio, ó á un jazmin, ó á una azucena, ó á una rosa de cien hojas, ó á Laura, ó á la brisa, ó á un suspiro, ó á otro asunto por el estilo, en ver-

sos donde abundaban los consonantes en *ores* y en *ia*; pero ni por descuido hacia nadie sonar una nota de un wals de Strauss ó de Weber; el baile hubiera sido un libertinaje, y aquella reunion tenia cierto carácter de gran tono; pero en cambio, en cuanto las tres de la mañana se oían, abriáanse las puertas del *buffet* y cada uno de los concurrentes satisfacía su gula como le parecia mejor.

Tenia fama de ser aquella una de las reuniones más escogidas de Madrid, y en efecto, lo era; al mismo tiempo tenia la fama de ser de las más formales, y la más formal acaso.

Allí se iba á pasar un rato hablando poco, oyendo algo y observando mucho.

Tenia carácter, como hemos dicho ya, ó á lo ménos hemos dado á entender, puramente aristocrático.

Iban á la reunion algunos senadores del reino, diputados tambien iban dos ó tres, pero estos de la fraccion más conservadora del Congreso; sin embargo, á un diputado, por conservador que fuese, siempre se le miraba de cierto modo; se le ponía, por decirlo así, en cuarentena; era demasiado popular un individuo del Congreso para alternar con aquella sociedad: veíanse allí varios títulos, condes, marqueses, barones, algun duque, tambien algun banquero que otro, y familias de algun magistrado ó de algun alto empleado del Tribunal de Cuentas.

De vez en cuando la reunion perdía su carácter; era cuando alguno de aquellos señores, casi todos de edad, lanzaba algun epigrama á la *situacion liberal* por que se estaba atravesando, á pesar de suceder esto en la época de gobiernos más conservadores que ha tenido España despues de implantado el sistema representativo: aquellos epigramas que exci-

taban la hilaridad de los oyentes eran repetidos de salon en salon, y el que lograba semejante dicha con una expresion suya se tenia por venturoso.

Convidábasele cuatro ó cinco dias seguidos á comer, uno á casa del obispo, otro á casa del presidente de la Audiencia, otro á casa del conde ó marqués de tal, y se comentaba el chiste entre grandes risotadas.

En hablando de los liberales, ya era lícito perder la sensatez; todos los que allí entraban debian ser *sensatos*, pero para reirse de los que no lo eran habia carta franca; esta era la excepcion de la ley.

Leíase algun artículo que publicaba tal ó cual revista piadosa. Hablábase allí del sermón de las Calatravas, de las conferencias que el padre Sixto estaba dando en Santo Domingo el Real, del paseo de los Melancólicos, de la *Salve* que todos los sábados tenia lugar en Atocha, y de otras cosas tan importantes.

A Julio y á Eloy, como es de suponer, no les gustaba mucho aquello; sin embargo, ellos no se ocupaban de semejantes conversaciones de las personas formales; ellos iban por ver á las muchachas, que las habia muy bonitas; por estar al lado de la una y al lado de la otra, y por gozar perdiendo *sotto voce* la *sensatez* al oído, de alguna bella; ¿hay mayor encanto? No; eso de quebrar el misterio, eso de hablar sin ser oído más que por la persona á quien uno se dirige, eso de ocultarse tras el velo de la apariencia, en estos casos es delicioso...

Unos bajo aquel velo ocultaban sus iras; ¿no era mejor ocultar tras él el amor? Ciertamente que sí. Los jóvenes hacian, pues, lo que debian hacer, y se creian dichosos.

De vez en cuando un chicheo imponia silencio á todos; apenas el silencio se formaba, avanzaba uno de aquellos personajes hácia el centro del salon, supliendo con una sonrisa las muelas que le faltaban, y guiñando el ojo izquierdo decia:

«¡Pin! ¡pan! ¡fuego...! Esta es la escuela de la gente liberal... un dia se agarra al *pin*, y al otro se agarra al *pan*...»

Una carcajada general respondia á la agudeza del sensato señor.

De vez en cuando aparecia otro vejete con un periódico en la mano, un diario democrático rabioso; leia cuatro líneas, hacia un comentario de ellas, y la carcajada era general tambien.

A Julio le hacia aquello igual impresion que á Eloy; se encogian de hombros y caíales por fuera; volvian á reanudar su conversacion con las bellas que tenian al lado, y todo concluia.

A Alfonso era al que ménos le habia gustado aquella reunion, y por lo tanto no habia ido á ella más que dos veces.

Aquella noche se hallaba el pobre joven bastante afligido; habia escrito desde hacia algun tiempo dos cartas á su padre; la una confidencial, haciéndole ver que era injusto su enojo, que él debia alegrarse de que su hijo estuviera en Madrid sin serle gravoso para nada, viviendo mal ó bien, como podia; que habia tenido buen cuidado de no pedirle nada, á pesar de los trances amargos por que habia pasado.

Habíale el padre contestado á quella primera carta diciéndole que la del joven habia sido un insulto.

Alfonso se afligió al leer aquello, y le había escrito otra segunda carta llena de cariño.

A esta segunda carta había contestado D. Adrian aquel mismo día, en cuya noche Julio y Eloy fueron á la reunion de Monte-Alto; la contestacion del padre podia reducirse á estas palabras:

«Tu última carta es una hipocresía.»

Así es que Alfonso no sabia cómo arreglárselas; si hablaba animoso, insulto; si hablaba sumiso, hipocresía; si no escribía, despego; si escribía, falta de respeto.

Hallábase aquella noche preocupado con semejantes pensamientos; por fin, conociendo que era imposible buscar medio para que cesara aquella tirantez de D. Adrian, cerró los ojos y dejó al tiempo que resolviera el problema; también había pensado bastante en Emilia; aquella noche fué cuando pensó en ella con más insistencia.

La reunion de casa de Monte-Alto estaba en su apogeo; eran las dos y media de la mañana y la hora del *buffet* iba aproximándose.

En la calle había una larga hilera de coches particulares, de veinte á treinta lo ménos, cuyos cocheros dormían á pierna suelta en el pescante y cuyos lacayos jugaban á la brisca, puestos en círculo en la espaciosa portería del edificio.

La noche era cruda, como de invierno; sin embargo, algunos de los balcones de la casa de Monte-Alto estaban abiertos; por ellos salía de vez en cuando un rumor alegre; era el del piano, que se dejaba oír, ó una ráfaga de luz de las arañas que pendían del techo.

Los hambrientos, los menesterosos, los mendigos y los

abandonados que cruzaban por aquellas calles pudieron apercibirse de la espléndida fiesta.

Abrióse el *buffet*, y toda la concurrencia se lanzó hácia él: entonces fué cuando la sensatez de la reunion se perdió más; cada uno se despachó á su gusto: todos comían en grande.

Antes de que la concurrencia fuera marchándose, apareció en el centro de la reunion una señora alta, pálida, de rostro dulce y simpático: iba vestida de negro y formaba un raro contraste con las hermosas y elegantes jóvenes que en el salon podían verse.

No era otra aquella señora que la marquesa del Suspiro; llevaba en la mano una bandejita de oro, y dijo con voz humilde y dominadora á la vez:

—Señores, antes de que la reunion se acabe, ¿tienen ustedes la bondad de depositar en esta bandeja las cantidades que crean oportuno para socorrer á los desgraciados?

Entonces un rumor de satisfaccion brotó de todos los ángulos de la sala.

Varias voces exclamaron á coro:

—¡Oh! ¡Qué buena es! ¡Si es la marquesa del Suspiro!

Caballeros y señoras acudieron entonces hácia ella en tropel; disputábanse el puesto.

—No esperaba menos, dijo la marquesa con un gesto con el que á todos daba gracias, no esperaba menos de Vds.; he dado este paso porque conocia sus sentimientos generosos.

Algunos caballeros sacaban del bolsillo del chaleco billetes de Banco y los echaban en la bandeja de oro.

Algunas señoras pedían á sus esposos cantidades para depositarlas allí también.

Ni por casualidad sacó nadie una moneda de plata; hubiera sido una miseria; la moneda más pequeña que relucía al brillo de las bujías era de cinco duros; cuanto más grande fuese la cantidad que uno iba á echar, con más orgullo avanzaba á colocarla en la bandeja.

Mirábanse los unos á los otros; espíábanse mutuamente de una manera encarnizada.

En un lado se oía á dos amigas hablar así por lo bajo:

—¡Mire Vd. qué farsante! Está debiendo á todo Madrid y echa quinientos reales para los pobres; más falta les haría á sus acreedores, de seguro.

En otro lado el diálogo siguiente:

—¡Mire Vd. qué miserable! Echar cinco duros un hombre que tiene de renta lo menos veinte mil al año; ¡si cuando yo digo!

En otro lado decían dos señoras:

—Mira, mira; la baronesa ha puesto mil reales; de fijo que mañana en *La Epoca* viene un bombo elogiando su noble y generoso desprendimiento de esta noche. ¡Cuánta farsa hay en este mundo, hija mia!

Por todas partes se oía á gritos:

—¡Oh! ¡Qué buena es la marquesa del Suspiro!

Total, más de catorce mil reales depositáronse en la bandeja.

La marquesa los distribuyó de esta manera al siguiente día:

—Diez mil para el obispo; él los repartirá entre quienes crea más conveniente; para eso tiene un acierto como ningún otro. Quedan cuatro mil; de estos cuatro mil daremos dos mil para los hospitales; mil para las casas de socorro;

quedan mil; quinientos para mi establecimiento de caridad de Vergara; quedan quinientos; es decir, veinticinco duros; veinte daré al párroco de San. Márcos y él los repartirá entre las personas más necesitadas del barrio; quedan cinco duros; estos cinco duros iré yo á llevarlos y quedarán entre dos ó tres personas que verdaderamente lo necesiten; hoy mismo dejaré los cien reales distribuidos.

Una de las personas más asíduas concurrentes á la reunion de la casa de Monte-Alto era la vecina del cuarto principal de la casa donde vivía Emilia en la plaza de Anton Martin; una idea generosa habia cruzado por su mente en cuanto vió el gran éxito que tuvo la invitacion de la marquesa del Suspiro excitando los sentimientos caritativos de aquellos distinguidos aristócratas; esta idea fué la de interesar á la marquesa para que dedicara algo de las limosnas á Emilia, á la pobre jóven enferma que tanto estaba sufriendo, que tanto amaba á su hijo y que un alma tan bella tenia; á Emilia, á la pobre mártir cuya historia ya conocia, pues ella misma se la habia contado.

No le habia parecido bien hablar á la marquesa en la misma reunion porque no dijeran, pero el día siguiente bien temprano, antes que pudiera la marquesa desprenderse de las cantidades reunidas, la escribió una cartita concebida en estos términos:

«Querida amiga: Vd. me dispensará la libertad que me tomo; segura estoy de ello, pues conozco sus buenos sentimientos y su fina galantería; si otra excusa para ello no hubiera, baste la buena voluntad con que me dirijo á Vd. en esta ocasion.

»Mi objeto es decirle que en el piso cuarto de la casa don-

de habito, plaza de Anton Martin, núm..., como ya sabe Vd., hay una pobre miserable y enferma á quien haria usted un gran favor si le dedicase algo de las limosnas que va á repartir entre los pobres.»

La marquesa recibió la carta media hora despues de escrita; precisamente daba la casualidad de que no habia dispuesto aun de nada de aquellos cien reales; así es que dió órden al cochero de que en seguida que saliese de casa el primer sitio á donde habia de ir era á la plaza de Anton Martin, núm...

La acompañaría Carolina, como era corriente, y como lo solia hacer en ocasiones análogas.

Carolina tambien asistió á la reunion de la casa de Monte-Alto, y chocó entre todas por su gran hermosura y por su fino trato y bello carácter.

Empezaba á hablarse de ella en todas las reuniones de Madrid; las jóvenes la miraban con envidia, los jóvenes con frenesí.

CAPITULO XII.

Alegría mezclada con lágrimas.

En medio de su abandono, de su miseria, de su enfermedad, de su soledad, el dia que siguió á la reunion de la condesa de Monte-Alto fué para Emilia un dia feliz; ¿cómo no serlo? Habia recibido de Somorrostro una carta que decia así:

«Querida amiga: Supongo cuánto le habrá afectado la noticia de que su niño de Vd. se hallaba algo inquieto y que lloraba con bastante frecuencia; disipe Vd. todo temor, dé rienda suelta á la alegría; voy á comunicarle una noticia:

»A su niño de Vd., Antoñito, le empieza á salir un diente; hé ahí la causa de todos los disgustos que ha estado sufriendo.

»¡Si viera Vd. qué hermoso está!

»El pobre llora mucho, porque, como es natural, le dolerá; á esa edad, cualquiera cosa que nos pasa nos hace una impresion profunda.

»¡Pobrecillo! Algunas veces le digo:

»—Antoñito, ¡qué gusto si estuviera aquí tu mamá! ¡Verias cuántos besos te dabal

»Y el angelito, pásnese Vd., parece que lo comprende;

se echa á reir como un tonto; estoy admirada, señora; cualquiera diria que entiende mis palabras como una persona mayor.

»Ahora ha de tener herrinches, ya lo supongo; pero no me afligiré, puesto que ya conozco el motivo de todo.

»Hace una porcion de dias que no me escribe Vd.; ¿en qué está Vd. pensando? ¿Qué ha sido de Vd.?

»Me he figurado que Vd. me ha debido escribir, pero que la carta se ha perdido en el camino. ¡Si estos correos son cosa perdida! La mitad de las cartas que se escriben se pierden; por más que dicen que van á mejorar ese ramo, siempre lo mismo; en fin, ¡cosas de España! como suele decir el maestro de escuela de este pueblo.

»Con que hágame el favor de escribirme otra vez, á ver si su carta logra llegar á mis manos, pues estoy impaciente; quiero que me diga Vd. si le ha gustado la noticia, para leer la carta á su hijito.

»¡Válgame Dios! ¡Y qué contentos estaríamos si estuviera Vd. aquí!

»Mi marido no escribe porque anda hoy bastante ocupado, y segun me ha dicho, en cosa que le interesa á Vd. un poco; sin embargo, no se preocupe, pues cuando no me ha dicho el objeto, señal que no es cosa de cuidado.

»Con que ¡adios! ¡A ver qué tal le va por esos Madriles! Y no se olvide de su amiga que la quiere de todo corazon;

RAFAELA.»

«¡Ah! Expresiones de Antoñito; acaba de decírmelo al oido.

»Segunda postdata: No me haga Vd caso, todo ha sido una

ilusion mia, el niño no ha hablado; pero ya hablará con el tiempo, ¡no vaya Vd. á figurarse...! En fin, ¡adios!»

A medida que la pobre enferma iba recorriendo con la vista aquellos sentidos renglones, las lágrimas se agolpaban á sus ojos.

Besó el papel infinidad de veces, tantas, que al tocarle las lágrimas y los labios, muchas de las letras se borraron.

—¡Oh! ¡Y le ha salido el primer diente lejos de mí! ¡qué desgraciada soy! No tengo la dicha de estrecharle entre mis brazos; pero yo soy una tonta, bien me lo dice Rafaela; debia alegrarme, debia dar rienda suelta á mi alegría.

¡Pobre hijo mio! ¡Qué ingrata soy! Rafaela se queja con razon; á nadie se le ocurre más que á mí haberse estado ya tantos dias sin escribir; pero, la verdad, ¿cómo escribir estando así? Y luego, como el médico me está diciendo siempre «mañana estará Vd. buena, mañana estará Vd. buena,» espero estarlo para tomar la pluma... ¡Ay! Observo que este médico no hace caso de mí, porque una es pobre y nada espera de una pobre miserable y enferma... Pero yo no debo afligirme tanto; no es una gran enfermedad la que tengo; el médico me ha dicho que son calenturas; eso no es nada, soy una aprensiva. ¡Pobre Antoñito! ¿Con que te ha salido el primer diente? ¡Ay! ¡Cómo sufririas; se me hubiera desgarrado el corazon al oirte llorar, al verte padecer; pero creo que no hubieras tenido tantos dolores habiendo estado yo á tu lado! ¡Oh! Esto es injuriar á Rafaela y á José María; ¿pues qué, no sé que ellos cuidan tan bien de él como yo podria hacerlo? ¡Qué gran servicio me hacen! Si no fuera por ellos, ¿qué seria de mí ahora? Precisamente el médico me dijo cuan-

do tuve el niño que no me convenia criar, porque mi naturaleza no era para eso; ellos han buscado una mujer á propósito y la pagan de su bolsillo; ¡cuánto les debo! ¡Qué gran favor me hacen! ¡Nunca podré pagarles tanta generosidad... ¡Parece que hoy hace sol; observo que hoy tarda en venir á verme la vecina del cuarto principal; es muy buena señora. Voy viendo que es de las más amables que hay, entre esta gente rica; ella ha buscado á ese médico que viene á asistirme; ella me manda de vez en cuando á sus criadas para ver cómo sigo y me hace algunos ratitos de compañía; ahora tambien quiere hacerme otro nuevo favor; se empeña en buscar una hermana de la Caridad que venga á asistirme, pues dice que se pasará á mi lado todo el dia y toda la noche, y así tendré compañía sin cesar y no me quedaré nunca sola. ¡Qué buena es! En medio de todas estas contrariedades que una encuentra en la vida, en medio de todas estas desgracias, de todos estos ódios que una inspira, he tenido la suerte de encontrar algunos corazones nobles y generosos; sí, sí; en medio de mi infortunio, debo dar gracias al cielo por los consuelos que me ha prestado... ¡Pobre Antoñito! ¿Con que te sonries al oír hablar de mí? ¿Con que te van á leer la carta que voy á escribir á Somorrostro? Escribiré una para tí solo y Rafaela te la leerá; de seguro que la comprendes... Gracias á Dios que sale el sol; ¡cuidado que hace un tiempo...! Siempre nublado, siempre lloviendo; ¡qué crudo es el invierno en Madrid! ¡Para el pobre que se halla sin fuego ó sin casa, cuánto mejor es la temperatura del país donde he nacido! ¡Ay!

Y exclamando así, inclinó la cabeza sobre el pecho y se quedó un momento pensativa. Despues de unos instantes de silencio dijo con entrecortada voz:

—¡Qué cosas estaba yo pensando! ¡Qué empeño en verlo todo triste y sombrío! ¿Por qué ha de ser así? Me dice el médico que no corro ningun peligro; esto es una calenturilla que vale bien poca cosa; no debo apurarme; sí, mañana ó pasado me levantaré, segun me han dicho, y escribo allá porque quiero escribir de mi letra; pero hoy mismo puedo hacerlo aquí en la cama; me incorporaré, y de una manera ó de otra la carta saldrá. ¡Vaya! ¡Pues no tengo el pulso poco débil! No creía yo esto; apenas puedo sostener la pluma. ¡Nada! me es imposible trazar una línea; no tengo más remedio que dejarlo para mañana ó pasado mañana; poco es. Y diciendo esto renunció á escribir en el lecho y volvió á colocar la pluma, que ya habia cogido, sobre la mesita que habia al lado de su cama, donde habia estendido un pliego de papel y se preparaba á llenarlo.

Quedó despues sumida en una reflexion profunda; parecia que se apoderaba de ella un letargo.

De pronto una risa forzada asomó á su boca; en seguida por sus dos mejillas resbalaron dos lágrimas.

Entonces la puerta se abrió y apareció en el dintel la marquesa del Suspiro.

CAPITULO XIII.

Conviene saber á quién se da una limosna.

La marquesa miró por un lado y otro, despues de haber reconocido con una sagaz mirada toda la habitacion, como si tratase de inquirir por el mueblaje y el aspecto de aquella el grado de miseria á que la inquilina de la tal vivienda se hallaba reducida.

Avanzó en medio de la estancia y dirigió su mirada hácia Emilia.

Acompañaba á la marquesa la señora del cuarto principal; detrás de esta apareció tambien Carolina.

La marquesa tenia aquel dia un aspecto severo, más de lo que generalmente acostumbraba.

Carolina iba radiante de hermosura; iba vestida de negro; una ligera mantilla negra cubria su cabeza y el velo levantado dejaba ver el dulce y agradable semblante de la jóven; la apretada cintura de su vestido demostraba la delicadeza de su talle; su rostro y sus manos parecian de nácar, destacándose sobre lo negro; estaba más pálida que de costumbre.

La señora del cuarto principal, dirigiéndose á la marquesa, la dijo:

—Aquí tiene Vd. á la vecina de que la he hablado.

—¡Ah! ¿Con que es esta? exclamó la madre de los pobres como tratando de reconocer aquel semblante.

Recordaba haberla visto en algun otro sitio, pero no precisaba en dónde.

—¿Con que es esta? volvió á repetir, como si quisiera ganar tiempo para hacer memoria antes de dar ningun paso.

—Es una infeliz, señora; si alguna merece ser atendida por las personas caritativas es esta jóven. Ella no quiere recibir ningun consuelo; se niega á todo lo que sea caridad, pero bien la necesita, no hay que dudarle; se encuentra sola en Madrid; ya ve Vd., vive de su trabajo, y como está enferma no puede ganarlo, puesto que el trabajar no le es posible. Yo no sé por qué se desdeña en recibir algun auxilio; pues qué, ¿todas las personas en este mundo no necesitamos unas de otras? Pues qué ¿no necesitamos todos de la caridad?

—Es cierto, dijo la marquesa con tono solemne; todos necesitamos de que con caridad se nos mire, puesto que somos pecadores; los más poderosos de la tierra, aquellos que más se elevan sobre sus semejantes, esos mismos que parecen ver las grandezas del hombre reunidas á sus piés, tienen que ir un dia á implorar la caridad del Rey de los reyes para que les deje entrar en la ciudad eterna.

Al oír estas palabras Emilia, se incorporó en el lecho rápidamente; recordaba haber oído aquel tono, haber escuchado en algun sitio aquel acento; aquello que parecia debia darle consuelo, le daba horror.

La marquesa notó el gesto de Emilia; acercóse á ella más, la miró con más fijeza, y despues de observar atentamente la variacion que en el rostro de la jóven se llevaba á cabo,

exclamó con una sonrisa irónica, cuya expresión amarga no se cuidó de ocultar:

—¡Ah! ¿Con que es Vd.?

—Sí, señora, dijo Emilia, á quien abandonó toda esperanza de consuelo, y cuya mirada se veló en una nube sombría y densa. Sí, señora, soy yo; volvió á repetir con voz desfallecida.

La marquesa quedó un rato en silencio; no sabía qué hacer; mil dudas se agitaban en su mente; por una parte le daba repugnancia encontrarse allí; por otra parte sentía que un acento profundo gritaba en su conciencia: «¡Perdon! Da la mano á los caídos;» por otra parte se le figuraba escuchar: «Apártate del vicio; no protejas la deshonra;» por otra parte le parecía duro marcharse de allí; pues ¿á qué había ido? Por fin, era necesario decidirse; ¿qué hacer?

La marquesa dijo así, midiendo sus palabras:

—Hace algun tiempo he hablado con Vd. y he oído de esos mismos labios la historia de sus desgracias; ya le dije entonces mi opinión sobre lo que debía hacer; ya le dije que se aislara del mundo, que hiciese una vida de martirio y que con él se purificase; que fuera á un convento de arrepentidas; que llorara su falta; que no tratara de encubrirlo á los ojos del mundo, sino de llorarla, ya que borrarla era imposible; Vd. no me ha hecho caso, ¡oh! ¡Atrae tanto el halago del mundo! Lo conozco, sí... Pero acortemos; no quiero hacer más penosa su situación; no trato de afligirla con mis palabras. Mi amiga, su vecina de Vd., movida de un sentimiento generoso, me ha hecho venir aquí, porque sabe que me he dedicado por completo á servir de amparo á los miserables y á los desdichados; pero en esta ocasión me es impo-

sible, completamente imposible favorecerla en nada; bastante hago con volver á insistir en el consejo que la dí á usted hace algun tiempo; no me ha hecho Vd. caso; ¡bueno! Allá con su conciencia se las haya. No puedo darle nada de lo que pensaba, porque otros pobres honrados se privarían de ello; siento tener que hablar así, pero piense Vd. que la fatalidad me obliga á ello; de haber sabido que Vd. era la enferma de este sotabanco no hubiera venido á molestarla; culpe Vd. al Destino; no tiene tampoco la culpa su vecina de Vd., mi querida amiga, á la que tanto aprecio...

—¿Qué es lo que Vd. dice? gritó Emilia como herida por un rayo. ¿Qué significa todo eso?

—¿Que qué significa? Pues qué, ¿no lo sabe Vd. ya? ¡Usted no es una mujer honrada!

—¡Dios mío!

—Sus propios labios me lo han confesado.

La vecina del cuarto principal estaba atónita; los colores habían asomado á su rostro; se hallaba en un gran compromiso. Empezaba á sospechar quién sería Emilia.

Algun hecho indigno que la marquesa sabía, la joven le había ocultado á ella.

Entonces fué cuando recordó que ninguno en la vecindad tenía noticia de quién era aquella joven.

Nosotros ya sabemos por qué Emilia trataba de borrar la huella de sus pasos; el que es perseguido nunca lleva el camino recto, siempre tuerce á un lado ó á otro; procura echar tierra sobre la marca de su pié para que nadie pueda ver las señales; era lo lógico que Emilia tratara de conservar el misterio.

Pero por otra parte aquella buena señora de la plaza de

Anton Martin comprendia que la marquesa era dura en sus palabras; un sentimiento de cariño llevaba su corazon hácia la enferma; pero ¿sabia ella á qué hechos se referia la marquesa, pues que, segun la conversacion que con Emilia habia tenido, se conocian de algun tiempo antes?

Este era el problema. De todas maneras, la marquesa debia saber algo grave para hablar de aquel modo.

Causábale tambien embarazo á la intermediaria entre la marquesa y la enferma la idea de haber molestado á aquella y haberla puesto en semejante compromiso; así es que algunas palabras de excusa pronunciaba en este sentido.

La marquesa, que habia recibido una educacion á toda prueba, de ningun modo se mostró enojada con su amiga.

La que demostraba un vivo interés por conocer el resultado de aquella escena era Carolina.

Carolina no sabia qué hacer; por lo mismo que su emocion era grande no se atrevia á pronunciar una palabra, y es que el aspecto de su tia era imponente.

Aquella mujer desvalida no debia ser sino una criminal; pero ¡cómo le dolian á Carolina sus penas! Aquella mirada melancólica y franca, aquel rostro delicado, todo le revelaba que era un corazon de ángel el que abrigaba aquella mujer.

—¡Tia! dijo una vez al oido de la marquesa tirándola suavemente del vestido.

—¿Qué quieres? le contestó la marquesa.

—No sea Vd. tan dura; tenga Vd. compasion. ¡Vámonos!

Carolina decia «vámonos» porque no tenia carácter para aconsejar á su tia; hallábase la hermana de Julio en una actitud violenta.

—¡Ay! marquesa, exclamó la enferma, ¡cuánto siento que se haya molestado en subir á este último piso! ¡Hay tantas escaleras! Se habrá Vd. cansado mucho, ¿no es verdad? Si es que no soy digna de sus socorros, de su amparo, déjeme, ¡por Dios! No me atormente con sus palabras; hágame el favor de dejarme, succédame lo que me suceda; el corazon me dice que soy inocente, que no tengo por qué ocultar mi rostro. Vd. es muy dura para juzgarme y eso no es justo. Una mujer deshonorada será culpable cuando sea ella la que ha querido su deshonra; pero no cuando la han arrebatado el honor contra su voluntad... Pero, en fin, no me recuerde Vd. eso; déjeme en paz, no me atormente.

—Nadie pierde la honra contra su voluntad; exclamó con dignidad la marquesa.

—¿Que no? ¡Dios mio! gritó la enferma hincando sus uñas en la almohada.

—Usted está engañada, señora, dijo la marquesa dirigiéndose á su amiga; me voy de aquí; vámonos, Carolina; de estas mujeres hay que apartarse. No quiero que mi sobrina permanezca más en esta estancia; este aire nocivo en que respira el vicio la puede envenenar: vámonos, Carolina. ¡Adios! Señora; antes de proteger á una miserable mire usted bien á quién protege y tenga siempre en cuenta cuál es la causa de todos los infortunios; unas veces lo es la fatalidad; pero otras, la mayor parte de ellas, lo es el vicio; no lo olvide Vd. nunca. ¡Adios! Señora mia, Vd. sabe que puede disponer de mí á su gusto.

Y diciendo esto la marquesa daba prisa á Carolina para salir de allí cuanto antes.

La vecina del cuarto principal estaba como clavada en el

suelo, mirando alternativamente á Emilia y á la marquesa.

Cuando ésta atravesaba el dintel de la puerta, la enferma le gritó:

—Si hubiera querido vender mi honra no estaria hoy en esta mísera vivienda; esta pobreza que me rodea es la prueba de que soy honrada; no lo olvide Vd. nunca, marquesa; le aseguro que se ha de equivocar muy á menudo si acostumbra á juzgar tan de ligero. Se va Vd.; no quiere Vd. oírme; bueno, váyase Vd.; pero yo, dígame todo cuanto me diga, me quedo con mi conciencia tranquila. ¡Adios! y que Dios la guíe; no envidio su modo de pensar.

Después de haber exclamado así la enferma quedóse con la vista fija en la puerta por donde la marquesa había salido, como si no acabase de comprender quién era aquella señora.

Dos veces la había encontrado en el camino de la vida, dos veces la había afligido, y sin embargo, por todas partes se oía decir: «¡Oh, qué buena es la marquesa del Suspiro! ¡Qué caritativa! ¡Qué cristiana! Todos los pobres encuentran en ella un seguro amparo.» Ponderábanla todos por sus virtudes, y al oír aquellos rumores todos hubieran asegurado que era la mujer de más buen corazón que existía sobre la tierra; ¿por qué, pues, con Emilia era tan inexorable?

Poníase esta á pensar sobre la magnitud de su falta, si falta era la suya, y de ningún modo acababa de comprender que fuera digna de ser tratada con tanta crueldad; así es que aquel día ya no vaciló; calificó de injustas todas las palabras de la marquesa y trató de olvidar la amargura que en su corazón habían vertido.

Una vez fuera de allí la señora marquesa, quedaron á so-

las Emilia y la vecina del cuarto principal; la enferma no tuvo más remedio que manifestar con todos sus detalles la causa de sus desgracias á aquella señora que tanto estaba cuidándola y socorriéndola, que tanto interés estaba tomándose por ella y conocía ya parte de sus infortunios.

Aquella relación, en lugar de abrir un abismo entre la buena señora y Emilia, por el contrario, estrechó más y más los lazos de cariño que las unían, y se creyó la vecina del principal en mayor deber para con aquella jóven desvalida y abandonada.

Aquel mismo día una hermana de la Caridad se sentó á la cabecera del lecho de Emilia.

Era esta de unos treinta años, y ni aun el carmin del rubor parecía haberse impreso una sola vez sobre aquel cutis blanco de su rostro; ninguna nube, ni aun de melancolía, debía haber empañado aquella mirada pura que brotaba de sus pupilas.

CAPITULO XIV.

Alfonso más dichoso que Julio.

Sucedió que Carolina habló algo á su hermano de la visita que hicieron á la plaza de Anton Martin; el caso es que, como le hubiera dado á su hermano algunos detalles sobre el país de donde aquella jóven procedia y sobre las circunstancias especiales que la rodeaban, Julio comprendió ya de quién se trataba.

Julio se lo dijo á Alfonso.

Alfonso, en cuanto supo las señas de la casa donde aquella infeliz habitaba, sin pérdida de tiempo salió de la suya y atravesando las calles de Madrid se dirigió á la plaza de Anton Martín.

Era una mañana fria, crudísima; los charcos de agua de la calle y los pilones de las fuentes permanecian helados; estas no corrian; habíanse entorpecido sus conductos con la solidificación de las aguas; el cielo parecia estar bañado de un barniz blanco y brillaba á la manera que brilla una vasta extensión de hielo.

Eran muy pocas las personas que atravesaban las calles de Madrid; las que lo hacian iban perfectamente abrigadas y

cubriendo su rostro en los gruesos embozos de sus capas, ó con sendas bufandas; aligeraban el paso como si temieran quedarse helados en las aceras; pero Alfonso no iba tan abrigado como todos los demás transeuntes. Salió de casa de cualquiera manera; verdad es que aunque hubiera querido tampoco tenia mucha ropa de abrigo en que elegir para combatir el rigor de la estación, pues sin que lo supiera Julio, estaba empeñada su capa hacia dos dias; no queria hacer á su compañero partícipe de la estrechez de recursos en que se hallaba, pues conocia su carácter y sabia que estaria inquieto hasta saber que Alfonso no carecia de aquellas cosas que le hacian falta, y no le gustaba á Alfonso que Julio sufriera riñas de su familia por él.

Dos ó tres veces durante su trascurso por las calles creyó ver detrás un rostro que conocia de algun sitio; no hizo caso, porque lo que á él le interesaba era el asunto de volver á encontrar á Emilia; así es que ni siquiera se puso á pensar en dónde habia conocido á aquella persona y quién era.

Llegó á la plaza de Anton Martin, y como esta con la de la Magdalena forma dos esquinas, preguntó nuestro jóven en una de ellas por Emilia; como allí le dijeran que no habitaba en aquella casa la persona á quien iba buscando, entróse derecho en la otra sin preguntar si era allí, y subió todas las escaleras hasta llegar al último piso.

Pocos instantes despues se encontraba frente á frente de la enferma.

—¡Emilia! exclamó en cuanto la vió con una hermana de la Caridad al lado.

Impresionóle aquel cuadro sobremanera.

—¡Alfonso! dijo Emilia recobrando ánimos, haciendo bri-

llar con más viveza su mirada; pero volviendo á dejar caer la cabeza con algun desconsuelo: ¿es Vd. Alfonso? ¿Y cómo ha acertado con las señas de mi casa?

—Dejémonos de eso, dijo Alfonso; la casualidad es la que me ha traído aquí.

—¡La casualidad! No lo creo; Vd. ha andado buscándome por Madrid, ¿no es cierto?

—Emilia, Vd. me ha salvado; Vd. ha estado dándome durante tres meses cuantos recursos me hacían falta para vivir en Madrid. Vd. conocía mis amarguras, conocía la crítica situación en que yo me hallaba, y su buen corazón no podía verme así sin penar; por eso se decidió Vd. á socorrerme.

—¿Yo? Yo no le he socorrido á Vd., ni he sabido nada de Vd. desde que llegué á Madrid; Vd. se equivoca.

—De nada servirá negarme que es Vd. la persona desconocida que me ha estado mandando cantidades de vez en cuando para auxiliarme en mi desgracia...

—Bueno; y aunque eso fuera, ¿qué importa? No me hable Vd. de agradecimiento; yo soy quien debe estarle reconociendo; acuérdesese Vd. de Bilbao, y de la cárcel, y del inspector, y de aquella huida en que de tanto me sirvieron Vd. y José María.

—¡Emilia! ¿A qué acordarse de eso? ¿A qué traer á la mente una amargura cuando volvemos á vernos después de tanto tiempo? ¡Y yo que la buscaba por todas partes, que pregunté en casa de la señora Escolástica, la portera de la marquesa del Suspiro, donde José María me indicaba que me darian razón de su paradero! Se ha portado Vd. mal si sabiendo mi domicilio no me ha avisado Vd. el suyo; tengo que reconvenirla por esto. Me dijo José María que le escribía us-

ted muy á menudo; pero que no le mandaba las cartas á su misma casa por ignorar las señas; que iba Vd. á recogerlas á la lista. ¿Por qué tanto ocultarse? ¿Es Vd. alguna criminal? ¿Ha cometido Vd. algun delito? No, y mil veces no; no necesita Vd. huir. Si es verdad que hay una acusación pendiente sobre Vd., José María asegura que Vd. no corre ningun peligro, que tiene el hilo de la trama, que podrá librarla de cuantos compromisos pueda traerla esa acusación infame y calumniosa; y sobre todo, aunque tratara de ocultarse porque no la afligieran las gentes con el recuerdo de su vida, ¿debe Vd. ocultarme á mí las señas de su casa? Eso de ninguna manera. Se ha portado Vd. mal conmigo; pero, en fin, la perdono.

—¡Ay, Alfonso! Siento en el alma que me haya encontrado Vd.; se interesa por mí y eso es mucho; Vd. nada me debe; yo ni le conocía siquiera, ni Vd. me conocía á mí; no debe Vd. volver á acordarse de esta desdichada, porque usted podrá ser feliz todavía, y mis desgracias y mis lágrimas turbarán su felicidad. Con que no me haga caso y no vuelva á verme. Mire Vd., estoy enferma y pobre; una enferma, y pobre por añadidura, no puede dar más que disgustos; usted tiene demasiado buen corazón y no debe tenerlo tan bueno; en este mundo hay que tener alguna picardía y alguna inflexibilidad de carácter para no ser infeliz. Me ha hecho Vd. un servicio grandísimo habiéndose expuesto mucho; no sé cómo pagarle su acción, y ya vuelve Vd. á buscarme con intención de favorecerme, sin duda.

—¿De favorecerla? ¡Precisamente! Mientras Vd. no esté completamente buena no me separaré de su lado.

—¡Por Dios! hágame Vd. caso, vuelva cuando quiera á

verme, sabe que estoy pronta á servirle en todo cuanto pida, pero no se sacrifique Vd. por mí.

—Calle Vd., respecto á eso yo sé cómo debo obrar; todas mis acciones me las inspira mi conciencia; por lo tanto, lo que ella me dicte es lo que haré; Vd. no se ocupe de si me sacrifico ó no, nada más que de ponerse buena; ¡pobre Emilia! Y hallándose en ese estado no me ha avisado Vd.; hallándose en el lecho, sola, desvalida, abandonada. De las cosas que á Vd. le pasan tiene Vd. alguna culpa, pues que todo la hace impresion y se acobarda por nada; y luego como no quiere Vd. que los amigos la atiendan, ¿qué se va á hacer? En fin, en fin, dejémonos de esto; es preciso que usted se restablezca pronto. ¿Y el niño? ¿Qué noticias tiene Vd.?

—¡Pobrecito! ¿Qué hará en estos momentos?

Y una sonrisa angelical asomaba á los labios de la pobre madre.

—¿Qué le dice á Vd. José María ó Rafaela de su criatura?

—Hace unos dias me escribian que lloraba mucho, que estaba muy molesto, pero ya he sabido la causa de todo; es que le salia un diente; ya le ha salido; ¡angelito de mi vida! ¡Cuánto daría por tenerle ahora aquí ó por estar allí y cogerle en mis brazos!

—Calma y paciencia, ya le tendrá Vd.; lo que es necesario es que me comunique todo cuanto la ocurra, que no nos oculte nada, que sea franca con nosotros, es decir, con José María y conmigo, que nos hemos decidido á mirar por Vd.

Alfonso, como lo prometió, se convirtió en enfermero de Emilia; casi todo el dia lo pasaba allí. No salia de la habita-

cion de su amiga nada más que para las cosas necesarias, imprescindibles; para trabajar algo y hacerse con recursos para él y para la enferma.

Julio le ayudó bastante á Alfonso en aquella ocasion y se interesó mucho por ellos, pero empezó á estar triste.

No acababa su amigo de comprender la causa de aquella tristeza, y por fin la supo de sus labios.

Desde que Alfonso habia encontrado á Emilia, la imaginacion de Julio no se separaba de Estrella; ¿dónde estaria? ¿Cómo no tenia la menor noticia de la jóven?

Habia sabido en Bilbao, cuando se decidió á inquirir algo respecto á su amada, que su padre era el inspector general de la provincia, precisamente aquel de quien Alfonso habia estado hablándole tanto con motivo de la cuestion de Emilia.

Supo que habia venido á Madrid de inspector, y lo primero que hizo fué indagar dónde Roberto podria vivir, pero todos sus esfuerzos fueron vanos; ni en el Gobierno civil, ni en el Ayuntamiento, en ningun lado le daban noticia de dónde vivia aquel hombre, porque lo que él necesitaba era saber la morada del padre; allí sin duda estaria la hija.

Logró averiguar que era inspector del distrito del Centro, pero nada más.

CAPITULO XV.

Sin norte.

Ninguno en la inspeccion le daba noticia de la vivienda del jefe. Sí supo que en la calle de la Caza solia dormir el inspector algunas veces, en un entresuelito que tenia un balcon á la calle, pero estaba seguro que allí no habia ninguna jóven.

Además, sabia positivamente que Roberto vivia en otra parte y que dormia en el entresuelo de la calle de la Caza aquellas noches en que se figuraba que podria ocurrir algo, de modo que no habia para qué dudar que Roberto tenia dos casas.

El entresuelo de la calle de la Caza no tenia más que dos ó tres habitaciones, una pequeña alcoba sin luz, con un catre de tijera, tres ó cuatro sillas en los demás cuartos y nada más absolutamente.

Subíase á él por una escalerilla estrecha y súcia, de peldaños desgastados.

Tocábanse las paredes solo con extender los brazos un poco.

Desde que se estaba en el cuarto escalon no se veia ya absolutamente nada; no se habian subido catorce ó quince escalones cuando ya se habia llegado á la puerta.

Era necesario saber la entrada del entresuelo aquel para pensar que habia una puerta en aquel sitio, pues solo se percibia una oscuridad densa y sin fondo; así es que casi todo el tránsito desde que se penetraba en el edificio se andaba á tientas.

El balconcillo tenia trazas de no abrirse nunca; los vidrios, pequeños, rotos y verdes, hallábanse cubiertos de una triple capa que formaban el polvo, las telarañas y el humo.

Varios vidrios, partidos por la mitad, tenian unidos sus pedazos con pegaduras de plomo.

La luz que debiera penetrar á través de aquella vidriera deberia ser una luz tan opaca que dificilmente serviria para aclarar la habitacion de adentro.

Bastaba ver aquel balcon desde fuera para comprender que al otro lado de aquellas vidrieras seria imposible leer á la luz del dia una carta; todo debia hacerse allí de noche.

El sér que habitaba aquella habitacion para nada debia necesitar la luz del sol, ni la brisa de la mañana, ni el vienteillo de la tarde.

En aquella casa era imposible que hubiera un alma jóven, ni una flor, ni una esperanza, ni nada bello; todo deberia ser horrible; algun sér fundido con la noche deberia habitarla. Tenia más bien el aspecto de una cueva que de una casa. Por más que Julio se acercó muchas veces á aquella vivienda deseoso de averiguar algo con respecto al paradero de Estrella, otras tantas se retiró de allí jurando no volver, pues no podia ser aquella mansion horrible y sombría la que abrigase aquel sér bello, puro y encantador; era imposible; pero necesitaba resolucion el problema.

¿Estrella estaria lejos de su padre? No; ¿cómo su padre habia de acostumbrarse á vivir sin ella, puesto que era su ideal, como ya se lo habia dicho la jóven alguna vez?

Todo se perdia en confusiones.

Por otra parte, habia ocasiones en que Roberto se pasaba dos ó tres dias sin parecer por la casa de la calle de la Caza; ¿dónde dormia? ¿Dónde comia aquellos dias?

Estas reflexiones pecaban de inocentes á todas luces, pues un inspector en Madrid no es lo mismo que un inspector en una capital de provincia; un inspector en Madrid tiene que acudir casi todos los dias á servicios extraordinarios; tiene que habérselas á lo mejor con grandes criminales y mezclarse en asuntos de mucho interés; de modo que come donde le coge, y muchas noches, ó no duerme, ó duerme en cualquier lado, donde conviene al buen servicio; así es que el que faltase Roberto á su casa dos ó tres dias seguidos no tenia nada de chocante.

Pero una voz allá en su corazon le decia que le convenia seguir las huellas de Roberto, pues podria llegar á encontrarse con las huellas de la jóven.

Comprendió que debia dedicarse á seguir á Roberto á todas partes, pero era necesario que Roberto no le viera á él, que no se apercibiera de su residencia en Madrid y mucho ménos de que le seguia, pues entonces estaba todo perdido.

Mucho tiempo gastó Julio en averiguar lo que deseaba, pero no consiguió nada nunca; así es que perdió toda esperanza y habia decidido desistir.

Acudia por buscar á Estrella á todas partes donde le parecia que podria encontrarla, pero por máquina y sin fé.

Tenia, sin embargo, cierta seguridad de que el Destino la pondria ante sus ojos cuando ménos lo pensase.

Cuando Carolina y Alfonso le hablaron de Emilia volvió á despertarse su inquietud, volvió á tener su pensamiento el recuerdo de aquella jóven tan linda que en Bilbao habia sido su encanto y que desapareció de Deusto de un modo tan original, pero tan sospechoso.

Habia empezado á creer que Estrella vivia en los alrededores de Madrid.

CAPITULO XVI.

Las personas sensatas se escandalizan.

Dos ó tres dias despues de la visita de la marquesa del Suspiro al sotabanco de la plaza de Anton Martin, y cuando ya la hermana de la Caridad habia tomado su puesto á la cabecera de la enferma, al despertarse Emilia vió sobre la mesa que habia al lado de su lecho algun dinero.

Preguntó á la hermana qué significaba aquello, pero esta no le dió otra respuesta sino que habia entrado una señorita jóven y simpática y habia depositado allí aquella cantidad diciendo que era para las atenciones de Emilia y para los gastos de la enfermedad.

No comprendia Emilia de dónde podria proceder aquello; la hermana de la Caridad no le daba tampoco ninguna seña, nada más que era una jóven elegante, simpática, á la que no conocia ni habia visto nunca, y que habia puesto buen cuidado en que Emilia no se despertase, pues la habia encontrado dormida.

Miró al principio la jóven con alguna repugnancia aquel dinero, pero luego comprendió que era producto de una limosna y que por lo tanto era la caridad quien se lo daba.

La verdad es que le vino perfectamente y la libró de mu-

chos apuros; no podia ser más oportuna aquella limosna, pues ya la enferma se veia en la necesidad de tener que recurrir á la vecina del cuarto principal en todo cuanto necesitase y á ella no le gustaba ser gravosa á nadie; así es que se alegró infinito de tan agradable sorpresa.

Poco tiempo despues de haberse Alfonso constituido en enfermero de la pobre y abandonada jóven, sucedió lo que necesariamente tenia que suceder; el agradecimiento de Emilia hácia Alfonso iba siendo cada vez mayor; el cariño de Alfonso hácia Emilia iba creciendo tambien de una manera rápida; juráronse, por fin, ambos amor eterno, aunque ella lo hizo con alguna repugnancia, porque, segun decia, *era indigna del amor de aquel jóven.*

Cada dia descubria nuevos tesoros de virtud Alfonso en el corazon de Emilia, y á cada momento veia esta en él un corazon más generoso.

Comenzaron los estudiantes de la *casa de la Verruga* á echar de menos á Alfonso, y fuese poco á poco averiguando dónde pasaba el dia y gran parte de la noche.

—Ese acabará por loco, se decian unos á otros; ¿dónde diablos estará metido? No se le ve por un teatro, ni por un café, ni por un paseo, ni por una calle; ¿qué es de él? Viene á casa tarde y se despierta pronto, y se marcha en seguida sin dignarse decirnos: «buenos dias, compañeros.»

En cuanto se averiguó cuál era la causa de aquel eclipse del jóven poeta todos se rieron á carcajadas.

—¡Qué magnífico! ¡Digno fin de tal vida! exclamaron todos ellos riéndose.

Julio no se rió tanto como otras veces cuando le contaba Alfonso su amor hácia aquella infeliz.

Poco á poco la noticia fué extendiéndose, y cuando llegó á oídos de D. Adrian, éste casi perdió el juicio, y exclamó colérico:

—¡Justo! ¡Esto lo estaba yo previendo! ¡Con esa pordio-sera! ¡Enamorado locamente de una perdida! ¡Ya decia yo! ¡Si ya sacaba desde un principio malos instintos! ¡Y acabará por casarse con ella! ¡Si es tonto! ¡Tiene ganas de hacer el ridículo! Sobre todo, ¡qué deshonra para la familia! ¡Oh! ¡Esto es atroz! ¡Yo no puedo resistir más á ese canalla! ¡Qué infame! ¡Qué bribon! ¡Qué estúpido! ¡Se veia venir la cosa! ¡Y el mejor dia viene pidiéndome el consentimiento para hacerla esposa suya! Y ¿será capaz de eso el grandísimo bobalicon? ¡Qué asco! Si he sido un necio en darle carrera; y luego, ¿para qué? Haga Vd. hombre á un hijo suyo para que haga esto; para que venga á afrentarle de semejante manera. Desde ahora puede renunciar á ser mi hijo; que no espere nada de mí, ni que me hable. Sí, ya me lo estoy figurando, mañana viene con una carta hipócrita fingiéndome cariño y obediencia y pidiéndome mi opinion; ¡qué infame! ¡Si era cosa de mandarle á presidio! ¡Vaya un pago que me dá despues que me he estado gastando con él lo que nadie sabe! ¡Oh, esto es atroz! ¡Yo no puedo más!

La marquesa llegó tambien á enterarse algo de aquel amor con motivo de ciertas conversaciones entre Julio y Carolina.

Esta fué la opinion de la marquesa:

—¡Tan bueno será él como ella!

LIBRO QUINTO.

LO INESPERADO.

CAPITULO PRIMERO.

Donde se ve que puede ser útil un retrato.

Carolina tenia una mala costumbre, que habia sido algunas veces causa de piques entre los dos hermanos.

Consistia esta mala costumbre en que la jóven le registraba á Julio los bolsillos siempre que tenia ocasion; siendo mujer, á nosotros no nos extraña, era natural que fuese así.

En cuanto el cándido de Julio dejaba cualquiera prenda de vestir fuera de su armario, en Castro-Urdiales, Carolina tenia tal olfato, que en seguida se acercaba á la habitacion donde la prenda estuviese y no habia rincon en los bolsillos donde no introdujera su mano; venia á ser una especie de agente de policia de los gabanes y de las levitas del jóven.

Cuanto más rabiaba este, como es lógico, ella insistia más en sus aficiones, y le daba grandes bromas, que á Julio le parecian pesadas, con motivo de tal ó cual carta, de tal ó cual cintita, de tal ó cual mechon de pelo envuelto en un pa-

pel, de tal guante, en fin, de cualquiera de esos objetos que nada significan, y sin embargo, para los enamorados se convierten en ídolos.

Sucedió cuando Julio volvió á Castro desde Bilbao, que se dejó olvidada encima de la mesa una tarde al irse de paseo una cartera que tenia, donde guardaba sus papeles.

Apenas la vió Carolina, echóse sobre ella, la abrió, y ¡qué gran fortuna la suya! Se encontró allí con un retrato.

El retrato era de mujer, y aquella mujer era hermosa; más bien que mujer era una jóven casi niña; no tenia ningun nombre por ningun lado, de modo que la pobre Carolina estaba á oscuras; ¿quién seria aquella desconocida? Era bella hasta lo sumo.

Desde luego comprendió que debia ser la heroina de alguna historia en la que Julio hacia el papel de galan.

Volvió á cerrar la cartera, lo colocó todo segun estaba, la dejó en el mismo sitio en donde la encontró y se guardó el retrato.

Julio no preguntó por él entonces, pues no le parecia bien que sospecharan qué retrato era, si por casualidad lo habia perdido fuera de casa.

Una vez, sin embargo, preguntó á Carolina si habia andado con su cartera, y esta le contestó que no; pero se lo dijo tan séria que nada temió el enamorado Julio.

Muchas veces estuvo Carolina mirando á solas aquel retrato; dábale lástima la idea de desprenderse de él y entregársele á su hermano, pues era tan hermosa aquella jóven que acaso tendria celos de ella, acaso temiera que le robara á Julio algo del cariño con que á ella le miraba; el caso es que no se lo dió, ni pensó más en devolvérselo.

Guardábale con mucho cuidado, para que ni su hermano ni sus padres se lo encontrasen.

Como las mujeres suelen siempre hablar más de lo que deben, una vez en Madrid, Carolina enseñó aquel retrato á Jacinta; pues conviene tambien que digamos que Carolina y Jacinta se llevaban muy bien.

Ya conocemos el carácter de la sobrina de la marquesa; era despreocupada y alegre; Jacinta le habia servido de mucho para ocultar á la marquesa ciertas libertades que se habia tomado, que no eran más que frivolidades inocentes, pero que hubieran ofendido de seguro á la señora de la casa.

Mezclábanse con estas frivolidades algunas otras cosas que no lo eran; Carolina habia hecho un viaje misterioso al anochecer de uno de los dias más sombríos de aquel invierno. La marquesa no supo nada; Jacinta fué la que arregló aquella salida sin que nadie se apercibiese en la casa de semejante cosa.

Volvamos al retrato.

En cuanto Jacinta lo vió, puso el dedo índice entre sus labios de carmin y se quedó meditando un rato, como si quisiera hacer memoria de haber visto alguna vez á aquella jóven.

—Qué, ¿la conoces? dijo Carolina.

—Se me figura que sí; contestó la doncella.

—Vamos, y ¿quién es? ¿Dónde la has conocido? Cuéntame, cuéntame; tengo interés en saberlo.

—¡Pues sí! ¡No me equivoco...!

—Vamos, habla, habla, me tienes impaciente; exclamó la hermana de Julio animando á su interlocutora, que de pronto se habia parado al ir á decir de quién era el retrato.

—No estoy segura, repuso la doncella, pero casi juraria que es la misma.

—¿Quién?

—La misma á quien veo muchas tardes en la ventana de la casita de Chamberí que está al lado del jardin que tiene allí su tia de Vd.

—No he ido nunca, dijo Carolina.

—Pues es la misma; ¡justo! ¡Ya caigo! Esta mirada, esta boca; es una jóven lindísima; ¿no le parece á Vd.? Dígale, dígale á su tia que la deje ir una tarde al jardin, y si tiene interés en ver á esta señorita, en yendo algunas tardes, un dia ú otro se asomará; siempre que voy la veo. Mañana iré á buscar flores para Vd., puesto que por la noche va á una reunion; véngase Vd. conmigo, anime á su tia para que la deje y podrá ser que la veamos.

—Sí, Jacinta, tengo interés en conocer á esta mujer.

—No sé, no sé, tal vez me equivoque, pero juraria una y mil veces que era la misma: un poco desfigurada debe estar, mas ¡qué diablo! Los retratos no han de ser enteramente iguales á los retratados, y mucho menos cuando pasa tiempo; las personas varían; tienen disgustos, tienen satisfacciones; nada, nada, que la deje venir conmigo su tia y la veremos.

Al dia siguiente la marquesa y su sobrina entraban en el jardin que aquella tenia en las afueras de la poblacion, hácia Chamberí.

Caian á dicho jardin varias ventanas de una casita de campo inmediata.

Carolina vió á la jóven del retrato; llevóle con ella, y á hurtadillas comparó el original con la copia; era la misma.

CAPITULO II.

La curiosidad de Jacinta empieza á producir sus efectos.

Llamóle la atencion á Jacinta el interés que su señorita se habia tomado por conocer á la jóven de Chamberí; luego que fué reuniendo sus ideas se acordó del retrato; oyó hablar en casa y durante su estancia en Castro-Urdiales del viaje de Julio á Bilbao.

Tambien llegó á su conocimiento que Julio estuvo un poco distraido en la capital de Vizcaya, y atando ideas con ideas y recuerdos con recuerdos, dió por fin en la clave, hubiera puesto ya la mano en el fuego por asegurar que aquella era la novia de Julio, ó á lo menos la causa de sus distracciones en Bilbao. Pero era necesario salir de aquella duda; no se resignaba, como buena doncella, á permanecer en aquellas tinieblas; le hacia falta aclarar la cuestion y aprovechó la primera vez que Julio fué á casa de su tia para verse con él á solas y sacar una conversacion que pudiera ir á recaer en el retrato.

En efecto, una vez llevada á cabo la idea de Jacinta, produjo resultados admirables.

Julio vió abrirse ante sus ojos un nuevo horizonte.

Medió entre ambos este diálogo:

—¿No se le ha perdido á Vd. nunca ningun retrato?

Entonces Julio empezó á pensar, y concibió una sospecha.

—Y ¿qué quieres decir con eso?

—Nada, lo preguntaba solo por curiosidad; ¿no se le ha perdido á Vd. un retrato algun dia?

—Sí, ¿tienes noticias de él?

—Algunas.

—¡Explicáte! ¡Habla! ¡Estoy impaciente!

—¿Es de una mujer?

—¡Oh! ¿Dónde está?

—¡Buen cuidado tienen Vds. de las prendas de amor que les dan sus novias! ¡Si todos Vds. son iguales! ¡Para irse á fiar de ninguno!

—¡Dámelo! No pierdas más tiempo.

—Yo no lo tengo. Si lo tomáis tan á pecho no os diré una palabra; ¡no seria yo mala tonta!

—¡Vamos, ya me calmo! ¿En manos de quien está ese retrato de que me hablas?

—En manos de su hermana de Vd.

—¡De Carolina!

—No aseguro que sea el mismo que Vd. ha perdido; le he hecho la pregunta nada más que por si acaso.

—¡Oh! ¡Sí! ¡Será...! Pero ¿qué interés tiene ella en ocultármelo? ¿Qué proyectos son los suyos? ¡Con que no es franca conmigo como lo fué siempre! ¿Qué significa esto? ¡Hay que aclararlo!

Satisfecha quedó del efecto que sus palabras producian en el señorito Julio.

—Hoy mismo he de hablarla de esto. ¡Carolina!

—¡Por Dios! no grite Vd.; ¿no ve Vd. que dirá, y con razon, que yo vendo los secretos que me confía?

—¡Ah! ¡Pero yo debo pedírselo! Y ¿qué me importa á mí que piense de tí lo que quiera? ¡Ahora mismo la buscaré y tendrá que darme el retrato, y sabré lo que quiere decir esto!

—Algo más se alegraria Vd. de encontrar el original; vamos, séame Vd. franco; ¿no es verdad lo que digo?

—¿Qué es lo que quieres decir con tus palabras? exclamó Julio pensativo.

—Nada, nada. ¡Dios me libre! ¡Se pone Vd. de una manera!

—¿Conoces tú á esa jóven?

—Tal vez.

—¿Quién te ha enterado de esto?

—No, yo no sé nada; no vaya Vd. á creer. ¡Jesús María!

—¡Tú sabes algo, Jacinta; tú sabes algo! Dímelo todo; yo quiero á esa jóven, yo la busco por todas partes y no la encuentro. ¿A qué viene ese misterio? ¿Se ha hablado de eso en esta casa? ¿Qué es lo que tú sabes? ¿Dónde has visto á esa mujer? ¿Quién te ha dicho que la conozco yo y que me interesa? ¿Quién ha traslucido lo que yo creia un secreto?

—Pues sí, señorito Julio, creo que la conozco.

—¿Dónde vive?

—¡Ah! ¡Vive lejos!

—No importa; á cualquier sitio donde se halle, yo iré á buscarla, necesito saber de ella.

—Hácia Chamberí la encontrará Vd.

—Hácia Chamberí; y ¿qué más señas me das?

—En la casita aislada que da al jardín de su tía de usted, la marquesa.

—¡Ah! ¡Gracias, gracias! ¡Yo daré con ella! ¡Sí!

—Por lo que veo, aprecia Vd. más que el retrato el original.

—Voy hacia Chamberí; hoy mismo la he de ver.

Y Julio salió á escape de casa de su tía.

Inmediatamente tomó el primer coche que encontró al paso y en seguida se dirigió hacia la casa aislada.

CAPITULO III.

Apenas el astro aparece, vuelve á eclipsarse.

Una vez Julio cerca de la casa que Jacinta le había indicado, edificio que recordaba haber visto algunas veces al ir al jardín de su tía, se puso á reflexionar de qué medios había de echar mano para ver á Estrella.

No cabía duda que era aquella la casa que la doncella de la marquesa le había dicho.

Púsose á pensar un instante en el partido que debería tomar, y por fin decidió andar algún tiempo por aquellos contornos; pues estando hermoso el día y habiendo flores en todas las ventanas, no se pasaría mucho tiempo sin que Estrella se asomase; se lo decía el corazón.

En efecto, la joven no se hizo esperar. Estaba Julio con la vista fija en la casita aislada, cuando una joven hermosa como un lucero dejó ver su delicado semblante por entre una mata de claveles encendidos que la brisa de la tarde columpiaba levemente.

Era la misma aquella mirada provocadora, los mismos aquellos ojos brillantes é inquietos, aquella gracia particular, aquel delicado corte de su boca, aquella expresión que tenía

tanto de infantil y al mismo tiempo de incitante; al punto la reconoció Julio; aquella jóven era Estrella.

Hallábase asomada á una de las ventanas que daban al jardin de la marquesa; entonces sintió el jóven no haber llevado la llave del jardin para entrar en él y á muy poca distancia poder hablarse.

Se consideraba dichoso al volver á encontrar á aquella mujer que durante tanto tiempo habia sido el objeto de sus sueños, la luz de sus ilusiones.

Tenia un recurso; este recurso era llamarla la atencion; por más que desde el camino, que era donde Julio estaba, hubiera alguna distancia á la ventana á donde Estrella se asomó.

Dejó perderse en delirios su imaginacion, pensando en la feliz casualidad de que la casa de su amada diese precisamente al jardin de su tia, pues á aquel jardin iria todos los dias en adelante y ya encontraria medio de entrar en la casa despues; lo principal era hablar con la jóven y decirle:

—Te he encontrado; no volvamos á separarnos; ¿qué misterio es el que se ocultó en tu huida de Bilbao? ¿Qué ha sido de tí desde entonces?

Empezó Julio á llamarla la atencion, pero Estrella estaba un poco distante y no podia verle; un minuto más y Estrella desaparecia otra vez en la casa sin reparar en su amante.

Julio se desesperaba; además, no sabia qué precauciones seria conveniente tomar para que no se notase su presencia en aquel sitio por personas que pudieran estorbarle en sus designios. Conveníale saber si el inspector estaba con su hija ó ausente, porque ya todo el misterio de la vida del inspector en Madrid se aclaró ante la vista de Julio.

No cabia duda que el inspector tenia en Madrid dos casas; una para habitar aquellos dias ó noches en que fuera preciso el servicio más constante, y la de fuera de la poblacion para guardar á su hija de las miradas de los hombres, á quienes tanto parecia temer.

Ya comprendió el jóven casi en todos sus detalles cuál era la situacion en que Estrella y Roberto se encontraban mutuamente; la jóven iba á ocultarse, y era necesario tomar una determinacion; á todo trance debia hablarla.

Pensó en gritar, en agitar su pañuelo, en producir cualquier ruido con objeto de llamar la atencion de su amada; pero tenia cierto temor de pecar de imprudente.

No pudiéndose ya contener, sacó del bolsillo su pañuelo blanco y empezó á agitarle.

Los ojos de la jóven, como atraidos por un imán misterioso, se fijaron en el pañuelo blanco y dirigieron una mirada al jóven; aquella mirada brilló con nueva vida al encontrarse con Julio.

Estuvo algun tiempo fijándose en él como si no acabara de creer que era el mismo, y por fin una sonrisa que parecia la de un ángel se pintó en el divino semblante de Estrella.

Hizo otra seña al amante afortunado, y en seguida desapareció de la ventana, no sin haber indicado antes á aquel que iba á otro sitio de la casa donde seria más corta la distancia que les separara al uno del otro; en efecto, sin tardar mucho Estrella apareció en un balcon que daba á la carretera.

Julio se acercó al edificio; hallábanse apenas á dos varas el uno del otro; ya se creian felices; mirábanse como si no se

hubieran visto nunca, ó como si hubiesen pasado un siglo ausentes el uno del otro.

Permanecian mudos, extasiados mutuamente, hasta que por fin, al mismo tiempo que Estrella dijo:

—¡Julio...!

Este exclamó:

—¡Estrella...!

Cuando tal vez iba á brotar un torrente de palabras de los labios del amante y era más profunda la emocion que en el rostro de la jóven se dibujaba, esta mostró un gesto de sobresalto como si le hubiesen dado una noticia terrible.

Julio no acababa de comprender cuál habia sido la causa de aquella variacion; por fin Estrella, sin perder tiempo, como aquel que lleva á cabo un acto heróico por evitar un gran mal, dijo secamente con gran pena y espanto al mismo tiempo:

—¡Julio! ¡Adios! ¡Que nos va á ver mi padre! ¡Ya se acerca!

—¡Estrella! ¡Por Dios! ¡Que no vuelva á perderte más de vista!

La jóven no tuvo tiempo para responder á estas palabras; desapareció en el interior de la habitacion á que aquel balcon daba.

Julio se alejó tambien de allí como para evitar ser visto por el inspector, de cuya presencia no se habia dado cuenta.

Cuando dirigió la vista hácia el sitio por donde debía venir este, sitio que Estrella le indicó, vió que Roberto se hallaba más cerca de lo que él creia, y se le figuró que debía haber observado algo; por de pronto á Julio le vió; tuvo este como un pesar de haber sido tan torpe y se acusó de ello.

Por último, trató de perderse entre la arboleda que por aquel sitio habia, y así lo hizo.

La noche cerró y aun seguia Julio observando si el inspector salia ó no de su casa; pero este no salió.

La noche iba avanzando; llegó á estar tan tarde por aquellos contornos, que ya no dudó que ninguno saldria de aquella casa, puesto que era hora bastante avanzada, tanto que debia él retirarse.

Al dia siguiente, apenas amaneció, ya estaba Julio en la calle, en direccion á Chamberí.

Al acercarse á la casa dondo vivia Estrella sintió un estremecimiento; ya no habia en ninguna de las ventanas ningun tiesto de flores y el edificio tenia aspecto de estar abandonado.

Esperó á ver si Estrella se asomaba, pero no acababa de hacerlo; el tiempo iba pasando; le iba faltando la paciencia más cada vez; por fin conoció que debia decidirse y se dirigió á una anciana que era la que al parecer cuidaba del edificio.

—¿Podrá Vd. decirme, la preguntó, si vive en esta casa el señor inspector del distrito del Centro de Madrid?

—No señor, ya no vive.

—¿Cómo que ya no vive?

—¡Pues es natural la contestacion! ¡Como que antes vivia y se ha mudado!

—¡Que se ha mudado! ¡Pues si ayer mismo le he visto yo aquí!

—¡Justo! ¡Pero ayer no es hoy! ¡Quiero decir, que ayer vivia y hoy no vive ya!

—Y ¿á qué otro sitio se ha ido á vivir?

—No lo sé.

—Pero ¿no ha oído Vd. nada? ¿Hacia qué barrio, hacia qué parte de la población? ¿No podré saberlo? ¡Valga lo que valga, señora! ¡Tengo interés en averiguarlo!

—¡Ya! ¡ya! Casi juraría que es Vd. el señorito para quien tengo un recado.

—Sí... sí... tal vez... Casi de seguro...

—¿De quién? ¿De la señorita Estrella? ¿De la hija del inspector?

—Sí, sí, yo soy; ¿no es para Julio? Yo soy Julio; es decir que la hija del inspector le ha dicho á Vd. algo; quiere decir que Estrella le ha dado á Vd. un recado para mí...

—¡Pues, hijo, no es Vd. poco impaciente! ¡No me deja Vd. hablar! Sí; es para Vd., para un señorito que tiene las mismas señas que Vd., para Julio; y me lo ha dado con mucho misterio, á hurtadillas, al salir para su nueva casa; ¡aquí la tiene Vd! ¡Esta es la carta!

—¡Una carta! ¡Oh! ¡Cuánto me ama! dijo para sí Julio, y la abrió con rapidez.

El papel que le había entregado la vieja decía esto:

«Julio, ¡cuánto te amo! Pero soy muy desgraciada.

»Cuando desaparecí de Bilbao, ¡qué dirías tú de mí! Mas si no te indiqué á dónde iba era porque no lo sabía yo tampoco.

»Cuando vuelvas á verme á esta casa no me encontrarás en ella; mi padre nos ha visto; guarda un gran misterio sobre el sitio á donde vamos á vivir; yo calculo que ha de ser muy lejos para desorientarte.

»Mi padre te aborrece; guárdate de él.

»Búscame, que el corazón me dice que me encontrarás;

tú eres mi vida; no he pensado en nada más que en tí; no he amado á nadie, aunque algunos han tratado de enamorarme.

»No dejes de buscarme, que te necesito.

»Mi padre es inspector del distrito del Centro, pero se me figura que en la inspección no sabrán nada del sitio donde vivimos, porque guarda un gran misterio conmigo. Esto es una esclavitud horrible.

ESTRELLA.»

Después que la leyó se quedó tan desconsolado como antes.

¡Oh! ¿Qué significaba aquello? ¿Se había propuesto Roberto separarlos para siempre? Alegrábase, sin embargo, de tener al enemigo franco y desenmascarado; así es que cuando volviera á dar con ella no perdería la ocasión y trataría de librar á Estrella de una vez de semejante tiranía; pero ¿qué hacer?

—¿Dónde han ido? ¿No me puede Vd. decir? dijo Julio á la anciana.

—Hacia Madrid; es lo único que sé.

—¡Oh! furor; ¿cuándo se han ido? ¿Qué es esto?

—Antes de que amaneciese; se conoce que no le gusta Vd. mucho al viejo; ya me calculaba yo que salir tan de repente y á tales horas era alguna cosa por este estilo. ¡Pues no tiene nada que hacer si toma tan á pecho las cosas de su hija! ¡Válgame Dios, qué hombre! Vd. es el novio de la señorita; y ¿qué? ¿Pues qué tiene eso de particular? En fin, en fin, así es el mundo; unos sufriendo porque sus hijas tienen novio y otros porque no los tienen. ¡Vaya Vd. á entender

este galimatías! Pero él tendrá sus razones; allá se las haya, no le envidio los ratos que pasará. ¡Pues en buen berengenal se ha metido!

Julio, desesperado, se alejó de allí decidido á recorrer todo Madrid y observarlo todo, á no desperdiciar el menor detalle siempre que semejante trabajo pudiera conducir á encontrar á su amada.

CAPITULO IV.

Casimiro tiene razon.

Habíase pasado un mes, y el pobre Julio seguia tan á oscuras como antes con respecto al paradero de Estrella.

Hallábanse reunidos á la mesa en *casa de la Verruga* cuatro de los estudiantes que siempre comian juntos. Eran Julio, Alfonso, Cárlos y Casimiro.

Por más que á algunos de ellos les sucediesen cosas poco cómicas, al fin y al cabo eran todos jóvenes, se hallaban en la solemne hora de la comida y era obligacion tener entonces buen humor; no habia más remedio.

Hablábase, como sucede en estos casos, de todo; la conversacion no tenia un tema. Tan pronto se tocan cuestiones de filosofia, como de literatura, como de mujeres, como de derecho; en fin, cualquiera cosa dá asunto para reirse en grande.

—¡Voto á un subdiácono! exclamó Casimiro de repente; ¡cómo has de creer que hoy he abierto tu libro de disciplina eclesiástica y me he encontrado con que está todo en latin! Hasta en el pié de imprenta pone *Matritis, tipys*, y está todo escrito por un pacientísimo señor cuyo nombre va al frente

de la obra y está en latin tambien, Vicencio Lafuente; ¡sabes, Cárlos, que en el siglo XIX esto es escandaloso!

—¿De modo que tú no conoces al autor de esa obra? dijo Cárlos.

—No tengo el honor; pero, francamente, entro en ganas de conocer á un hombre que lleva á cabo semejante empresa; es un héroe, ¿no os parece?

—De modo que por lo que veo tú no has parecido por la Universidad en todo el tiempo que llevas de estudiante.

—Pues que, ¿va á la Universidad ese hombre?

—Por aquellos cláustros puedes verle todos los dias; no falta ni uno solo; ¡como que va á explicar su importantísima cátedra! ¡Disciplina eclesiástica! ¿Tú sabes la trascendencia que tiene esa asignatura? Pero ¡qué has de saber tú! No te ocupas más que de ponerte elegante, de escribir cartas de amor, de buscar aventuras y echártelas de un nuevo D. Juan Tenorio; yo no sé cómo os las arreglais los enamorados que ni siquiera sabeis una palabra de lo que pasa por el mundo...

—Tal vez por eso recibe uno á lo mejor sorpresas tan bruscas como la que tu libro de texto me ha dado. ¿Con que estudias libros escritos en latin? ¡Te compadezco!

—¡A quien debe compadecerse es á tí! dijo Cárlos aparentando seriedad, por más que su expresion risueña diese á entender que hablaba en broma; ¿á que no sabes lo que voy á preguntarte? ¿A que no sabes de qué está hecho el pálio de los obispos?

—¡Hombre! ¡Pues no lo he de saber! Es un paraguas eclesiástico; solo que en lugar de tener un mango y ser de madera, tiene seis mangos de metal.

—¡Bah! ¡Bah! ¡No te dije yo que no lo sabias! El pálio de los obispos es una tirita de vara y media de larga y tres dedos de ancha, hecha con lana de los corderos de las monjas de Santa Inés, que esquila el Papa el dia de San Pedro; ¡con que mira si se aprende con esta clase de estudios!

—¡Já! ¡já! ¡já! prorumpieron todos los que estaban á la mesa, pues preveian el desenlace de aquella conversacion. Porque Cárlos, en medio de su seriedad, en lo que aventaja á todos sus compañeros, cuando llegaba el caso era el más alegre.

—En fin, en fin, en este terreno me vencerás; pero de todos modos, ya te lo he dicho, te compadezco; yo soy el que sabe vivir. Para mí, que pasen los dias, que pasen los meses, que pasen los años, todo está bien; que cae un ministerio, que sube otro; que se habla de trastornos, que está todo tranquilo, que hace buen tiempo, que lo hace malo, que Prusia pega á la Francia y que Francia pega á la Rusia, que Italia se regenera, yo me encojo de hombros; ¡bueno! ¡Allá se las hayan! Para mí todo el tiempo es lo mismo; no sé qué nacion tiene más importancia que otra; no sé qué hombre tiene más talento, si tal ó cual político; no sé qué son penas ni amarguras, pero en cambio podré decirte en qué barrio de Madrid hay mujeres más bonitas; podré enterarte de si son más sentimentales las rubias que las morenas, porque en esto conviene saber que la opinion del vulgo es errónea; dicen que las rubias son más sensibles; ¡protesto! Hay algunas morenas que sienten más que muchas rubias; se dice tambien que las mujeres plebeyas son más fáciles de conquistar que las de alta alcurnia; esto es otro absurdo; son más difíciles de enamorar las plebeyas; las aristócratas caen en

una noche; en la primera polka se les habla, al tomar el thé se les coge la mano, al terminarse el baile se les coge el corazon. Las de la clase media son ya un poquito más duras que las aristócratas; antes de apretarlas la mano hay que hablarlas dos ó tres veces; pues siempre ha de haber delante cuando está uno de visita ó padres, ó tios, ó abuelos; no andan tan sueltas como las aristócratas. Desde que dan la mano hasta que dan el corazon se pasa tambien bastante tiempo; pero al fin y al cabo todo es cuestion de una semana; en una semana se enamora á una mujer de esa clase. Una plebeya cuesta lo ménos un mes, se entiende, cuando es amor por lo fino. Yo te diré si ama con más fuego la adolescente, ó la mujer formal, ó la de veinte, ó la de diez y seis; yo te diré todo eso; y junto á esa ciencia, ¿qué valen la filosofia y la política, con que os llenais de humo la cabeza? Déjame á mí; esto es un sueño; bueno, no importa, quiero soñar; ¿no es sueño la vida? Pues bien, cuando ese sueño es feliz á aquel que le tiene se le llama venturoso, y cuando el sueño es triste se le llama desgraciado: me siento así bien; que llega el dia del exámen y que me reprueban; de todos modos, yo sabré más que los catedráticos; que vengan á examinarme de mi ciencia; ellos me dejarán á mí parado sin decir una palabra; ¡oh! ¡Si yo les pudiera examinar á ellos de lo que sé, les dejaria tambien mudos!

—No comprendo cómo eres, Casimiro; á no verte y no conocerte bien á fondo no te creeria; ¿cómo es posible que las veinticuatro horas del dia las inviertas en esa fatuidad que se llama amor? Porque el amor es un engaño, has de saberlo; es una ilusion pasajera, una vanidad de la miseria humana, dijo Cárlos con objeto de trabar conversacion, pues era cosa

de oir á Casimiro siempre que en semejante terreno se entraba.

—¡El amor fatuidad! ¿Qué es lo que dices, incrédulo? Pues qué, ¿no existieron Dante y Beatriz? ¿No existieron Isabel y Marsilla? ¿No existieron Laura y Petrarca? ¿No existieron Eloisa y Abelardo? ¿No existieron Julieta y Romeo? ¡Dime tú si eso no forma un mundo más grande que ese mundo de políticos, de folletinistas y de comerciantes en donde vivís!

—¡Bravo! gritaron Alfonso y Julio animados por el fuego con que Casimiro hablaba.

En esto interrumpióse la conversacion; Casimiro sacó el reloj de pronto y vió que era la una y media.

—La una y media; ¡hola, hola! ¡Esto es lo que se logra con conversaciones inocentes, no acudir uno á donde la obligacion le llama!

—¿A dónde vas? ¿Te das por vencido? dijo Cárlos á Casimiro con objeto de picar su amor propio.

—Sí, me doy por vencido aquí, siempre que salga vencedor en otra parte.

—¿Cómo? dijo Cárlos; ¡por lo visto hay caza! ¿Hay otra novia en lontananza?

—¡Vamos, vamos! Tú no te enmiendas, dijo Julio á Casimiro.

—Sí que la hay, y á la una debia haber estado junto á la casa donde vive; pues es la hora en que su padre, ó tutor, ó tío, ó sea quien quiera el que vive con ella, sale á sus quehaceres y la jóven se queda sola. Es divina, es una criatura que parece bajada del cielo; ¡si la viérais! No me importa que me acompañe cualquiera de vosotros, porque al fin y



al cabo á mí ha de ser á quien ame, así es que no temo la rivalidad de ninguno; podeis venir á verla; sois demasiado sérios, demasiado graves, demasiado filósofos para que gustéis á las mujeres; la mujer quiere vanidad, y ella, que es también vanidad, es lo único positivo que se encuentra en el mundo; con que el que quiera, andando; dentro de cinco minutos estaré en la calle, y en seguida en la puerta de Atocha.

—Bueno, pues voy á acompañarte; quiero pasear un día contigo para que me lleves de barrio en barrio, de calle en calle, á enseñarme esos serafines que se rinden á tus piés y que queman en tus altares el incienso de su amor. ¡Con que, vamos juntos! exclamó Julio.

Poco despues los dos amigos salian del brazo por la calle de Jacometrezo y desembocaban por la Red de San Luis.

Tomaron allí un coche, y Casimiro dijo al cochero:

—¡A la puerta de Atocha!

El coche partió á escape, y dentro de él Casimiro y Julio.

CAPITULO V.

Julio está en lo firme.

«El amor no tiene término
medio: ó pierde, ó salva.»

VÍCTOR HUGO.

Una vez en el sitio indicado, volviéronse á coger del brazo los dos compañeros, y Casimiro echó á andar llevando á su amigo por el paseo que media entre dicha puerta y la de Embajadores.

Casimiro habia dicho al cochero que no se alejase, pues que á la vuelta volverian á tomar el carruaje, y en efecto, el cochero se arrellanó del mejor modo que pudo en el pescante y se preparó á echar un sueño.

No habian andado mucho, cuando se pararon los dos jóvenes ante una casita de campo que habia á la izquierda del camino.

La casita era preciosa; tenia un solo piso y á un lado un jardín no muy grande.

Entonces Julio tuvo un recuerdo doloroso; se acordó de la casita de Chamberí y de su amada Estrella.

—Esta es la casa de la muchacha número uno, dijo Casimiro.

—¿Y qué quiere decir esa cifra en tu libro de memorias?

—Quiere decir que es la primera que tengo que rendir á mi amor; parece que está algo indómita; sin embargo, todo se andará, no tengas cuidado.

—¿Y qué tal? ¿Es hermosa?

—¡Ah! ¡Como un lucero!

—Y ¿cómo es que no se presta?

—No lo acierto, y eso que es muy jóven y tiene trazas de inocente; no vayas á creer que es una mujer ya corrida. En cuanto la veas, yo te aseguro que te ha de gustar. Andemos por aquí un poco á ver si sale; esta es la hora en que suele asomarse al balcon; vas á ver que tengo buen gusto.

—Lo veremos; te diré imparcialmente mi opinion sobre tu futura conquista.

—Lo que no acabo yo de explicarme es qué clase de familia es la de la jóven en cuestion; se ven algunos misterios que no me gustan; veo en esta casa ciertas entradas y salidas misteriosas que me dan que sospechar; sin embargo, no sospecho que ella no sea pura, eso no; tiene unos ojos y tiene una gracia, yo no sé, pero se me figura que esa chica en cuanto ame á alguno ha de ser un volcan; debe estar vírgen hasta ahora de todo sentimiento de amor.

—Nada, hombre, la veremos; ya sabes que soy aficionado, dijo Julio con despreocupacion.

Algun tiempo anduvieron paseando por aquel sitio; el dia no podia estar más á propósito; hacia sol y éste calentaba un poco, de modo que el sitio convidaba á permanecer allí.

No se pasó mucho cuando uno de los balcones del edificio comenzó á abrirse.

—¿Ves? ¡Ya sale! dijo Casimiro; ¡preparate á recibir una impresion violenta!

—Ya veo que eres muy exagerado; pues qué, ¿tan hermosa es esa jóven?

—¡Vaya! ¡Cuando yo te lo digo puedes creermel! ¡Y cuidado que yo estoy acostumbrado á ver cosas buenas en el género femenino! Mira, ya se asoma.

En aquel momento una jóven lindísima asomaba por uno de los balcones de la casa su angelical cabeza.

A Julio le parecia que soñaba; vió de pronto que la jóven que acababa de asomarse era Estrella.

Brusca fué la agitacion que le dominó en aquel instante; á Casimiro le extrañó la impresion que le habia hecho.

—Pero ¿qué es lo que te pasa, hombre de Dios?

—¡Oh! ¡Si no me equivoco, es Estrella!

Notó la jóven al asomarse el grupo de los dos amigos, y en seguida reconoció á Julio.

Si agitado se sentia él, más agitada se sentia ella. En fin, volvió á repetirse la misma escena que cuando las miradas de ambos se habian vuelto á encontrar en Chamberí.

—¡Estrella! dijo Julio corriendo al pié del balcon, que era bastante bajo.

Estrella, sin hacer caso de que el amigo de Julio la veia, contestó impaciente.

—¡Julio! ¡Qué dicha! ¡Vuelvo á verte! ¡Dicha es la mia volver á encontrarte! Creí que nos habiamos perdido para siempre; ¡gracias al cielo! ¡Si vieras cuánto he pensado en tí! ¡Habrás dicho que soy una despegada, que dos veces voy

desapareciendo de tu vista sin darte noticia del punto á donde me llevan! ¡No me culpes á mí, no! ¡Ya te habrá dado la portera de la casa de Chamberí una carta que dejé para que te la entregase; porque tú volverías al día siguiente! Mi padre notó tu presencia y me sacó de aquella casa sin darme tiempo para nada; gracias que pude ponerte aquellas cuatro letras; pero como nada seguro decían, habrás seguido tan confuso como antes. ¡Ah, Julio! Procura que no vuelva á verte mi padre, porque si eso sucede, ¡Dios sabe lo que va á pasar! Está cada vez más colérico; ya no se cuida de disimular su mal humor en la tiranía á que quiere sujetarme; ¡oh! ¡No volveremos á dejarnos de ver más! ¿No te parece?

—Sí, Estrella; pero es necesario que tomes tú alguna determinación; ya ves que no podemos continuar de este modo; á la fuerza tu padre ha de sorprenderme algún día hablando contigo ó ha de verme por estos alrededores; ¡verás cómo sucede lo mismo, cómo te arrebatara de modo que no pueda saber á dónde vas!

A Casimiro, en cuanto notó lo que había, no le pareció muy airoso el papel que estaba desempeñando, y se alejó algo; dejó completamente solos á los dos amantes; sin embargo, esperó á su amigo con objeto de hablar despues y de reirse del chusco lance que le había sucedido.

Julio y Estrella siguieron hablando:

—¡Estás tan hermosa como siempre; es decir, más que nunca!

—¿Me amas como cuando me lo decías en la casa de Deusto? ¡Qué horas tan felices aquellas que pasamos en el jardín! ¡Oh! ¡Qué dichosos éramos entonces! ¿No es verdad, Julio? Dime, ¿me quieres tanto?

—¿No te he de querer, alma mía? Y tú, ¿has cambiado? Cuántos te habrán dicho que los harías felices con una mirada; cuántos corazones habrán latido por tí; cuántos hombres te habrán pedido el tuyo; dime, ¿ha sido para mí siempre tu pensamiento, Estrella mía? Tú eres mi dicha; sentir sobre mí el aliento que sale de tus labios es mi suprema ventura.

—Julio, siempre he pensado en tí; ¡oh! ¡Qué felices seríamos los dos si tú me quisieras tanto como yo durante tu ausencia te he querido. Pero no está bien que te diga yo estas cosas; ya las sabes tú, ya sabes que soy tuya, que me has hecho tu esclava; pero ¡por Dios! ten cuidado que no te vea mi padre, que no observe que me hablas, que no vuelva á separarnos; mira que no suele tardar, que muchos días viene á esta hora; que cuando ménos lo pienso observo que me está atisbando; Julio, haz caso de lo que te digo; yo, ¿qué más querría, como puedes comprender, que embriagarme oyendo tus palabras y olvidarme de todo? Pero hay que pensar en que á mi padre le ofende que nos amemos, le duele que seamos felices.

—¡Oh! ¡Pues ese padre es un vil tirano, Estrella!

—Pero al cabo es mi padre, dijo la jóven inclinando el rostro sobre el pecho con melancolía y resignación.

—No, no; no es padre quien quiere matar en el corazón de su hija todo sentimiento humano.

—¡Calla, por Dios, Julio!

—No callaré, que lo diré bien alto; ¿qué padre es ese que no quiere que su hija ame? ¿Para qué se tiene el corazón sino para dar rienda suelta á sus ilusiones, para tratar de realizar sus esperanzas? ¿Para qué se quieren las alas del alma

sino para volar? ¡Tu padre no lo es tal! Es necesario que esto acabe de una vez, Estrella; ¡vente conmigo...!

—¡No, por Dios! ¿Qué es lo que dices?

—Sí, Estrella, vente; si amas, si comprendes que el amor es la gloria, realízala; porque es el rayo del cielo que refleja sobre el mundo; ¡ama! Yo trato también de embriagarme en el amor que me inspiras; yo lo olvidaré todo, la familia, los amigos, lo que hay más sagrado en la tierra, con tal de entremezclar mi aliento con el tuyo, sentir palpitar junto al mío tu corazón; ama, suceda lo que suceda; despréndete de las cosas miserables de la vida, despréndete de esas pequeñeces que convierte la sociedad en grandes obstáculos contra nuestras pasiones, salta por todo, cierra los ojos, encamínate á ese ideal que ves en tu alma y que vislumbra en tus sueños; ¿no ves que junto á mí serías dichosa? ¿No ves que junto á tu padre eres desgraciada? ¿Qué más esperas? ¡Vámonos de aquí! Seamos libres como el viento, como lo es el ave en los espacios. Mira que porvenir te espera si haces caso de eso que se llama el deber, y que no es más que una mentira, una ridiculez, una palabra vana; tú no tienes ningún deber para con el hombre que quiere hacerte desdichada, para con aquel que quiere hacer que prescindas del corazón; de eso no se puede prescindir nunca, así como tampoco se puede vivir sin respirar.

—Julio, comprendo cuanto me dices; yo soy desdichada en este encierro, en esta prisión; á todas horas se me acecha, unas veces por la señora Mercedes, el ama de llaves, que ya te dije que había traído mi padre á casa para perseguirme y espiarme; cuando ménos lo pienso mi padre aparece con sombrío ceño y me mira lo mismo que si yo hubiese cometido

una falta; investiga todos mis movimientos, todos mis pasos, todos los sitios á donde dirijo mi mirada, como si tratara de cometer un crimen; ¡sí, comprendo todo cuanto dices! Yo no puedo soportar esta existencia, pero hay que aguantar; ya no tengo más remedio que continuar aquí, al fin y al cabo es mi padre; y además, aunque yo me fuera, ¿qué se lograría? Volvería á dar conmigo; no hay rincón de Madrid donde no penetre su investigadora pupila; volvería á esclavizarme, y entonces sería mayor el tormento; ¿qué es lo que sucedería? ¡Dios mío! No, no, no quiero imaginármelo, porque la cabeza se me va, pierdo el sentido si me pongo á pensar en semejantes cosas. Pero ¡por Dios! Julio, mucho cuidado, porque mi padre á estas horas suele venir. El ama de llaves creo que hasta ahora no sospecha dónde estoy, está ocupada en las faenas de la casa; pero ¡ay! ¡si me oyese hablar en este balcón con alguno, estaríamos perdidos! Hoy mismo en cuanto viniera mi padre tendría noticia de todo cuanto ha pasado, y vuelta al mismo tormento.

—Tus últimas palabras, Estrella, acaban de convencerme de que el único recurso que tenemos es tomar el camino que te he indicado, alejarte de este sitio maldito, venirte conmigo á cualquier lado, porque estando junto á tí, lo mismo me da la opulencia que la estrechez, de todos modos seré dichoso; tu amor es para mí el mundo, y no hay otra cosa que me atraiga; yo te necesito como tú me necesitas á mí, piensa en ello. ¡El deber! ¡el deber! Y ¿qué es el deber? Satisfacer todas las necesidades de nuestra naturaleza; tú no puedes prescindir de amarme, y yo no puedo prescindir de amarte á tí tampoco. ¡Sígueme! Vámonos de aquí; cerca hay un coche, que es donde he venido; baja en seguida, ¡vámonos!

Dices que tu padre vendrá pronto, tanto mejor; baja, vámonos, que cuando vuelva se encuentre con que has abandonado su casa; no nos hallará, yo te lo fio; yo buscaré medios de ocultarme de su persecucion; ahora es tiempo; mira que dentro de poco tal vez sea tarde; mira que de este paso depende tu desgracia ó tu felicidad, tu amargura ó tu alegría, tu condenacion ó tu salvacion; mira que vas á ser dichosa, que la felicidad te aguarda con los brazos abiertos, que el que no ama es porque no puede, y que el que puede amar pospone á eso todo lo demás que hay en la vida; mira que por el amor se sacrifica todo, y hacen bien los hombres en sacrificarlo, porque es lo que más precio tiene; mira que tenemos una ocasion oportuna, y si la dejamos volar tal vez no vuelva á presentarse; todo es cuestion de unos minutos; decídetete y en seguida eres libre y dichosa, y han acabado todas tus inquietudes, y han dejado de brotar tus lágrimas. Dos caminos tienes, escoge; si permaneces ahí, la desesperacion, la esclavitud, la soledad, el abandono; si te decides á seguirme, la dicha, la libertad, el placer, todo cuanto hay hermoso sobre el mundo; y luego nada te faltará porque yo poseo medios para satisfacer cuantos caprichos tengas; yo soy rico, debes saberlo, y todo cuanto yo tengo será tuyo; ninguna mujer se igualará á tí. Si quieres deslumbrarás á todas las demás con tu belleza y con tus galas, y si quieres ser bella para mí solo, lo serás, y yo beberé mi existencia en tu aliento y la luz de mi vida en tus ojos. ¿No te convencen mis palabras?

—¡Por Dios! ¿qué es lo que me dices? ¿No has oido las tres? ¡Las tres han dado! Esta es la hora en que mi padre suele venir á ver qué es lo que hago, á observar estos alrededores;

alejate ¡por Dios! y déjame que yo muera abrumada por mis desdichas.

—¿Yo dejarte? ¡Nunca! ¡jamás! Antes arrancaré á tu padre cien veces la vida; pues qué, ¿te he vuelto á encontrar otra vez para perderte en seguida? Soy yo el que se decide ahora, soy yo el que se empeña en que no nos separemos; ahora ya casi me alegraría de que tu padre se acercase para acabar de una vez.

—No, Julio, ten calma, espera, todo podrá arreglarse, no te impacientes, yo te avisaré cuanto ocurra.

—¡Ya he dicho que no me voy!

—¡Ay! ¡por Dios! que es muy posible que esté ya cerca; no me mates; mira que va á poner mayores obstáculos.

—Piensa en los dos caminos que hay delante de tus ojos: por el uno se va á la desgracia, por el otro se va á la gloria; escoge, ¡ahora es tiempo!

—¡Cuánto te amo!

—Pues esta prueba de amor te pido; ¡vámonos de aquí!

Y al decir esto, Julio hizo una seña á su amigo, que en aquel momento se preparaba á alejarse. La seña fué para que avisara al cochero.

Pocos minutos despues, el cochero llegaba junto á la casita de campo con su carruaje, y Julio le dijo poniendo en su mano media onza de oro.

—¡Vamos á ir á escape adonde yo te mande! pero ¡silencio! ¡Ay de tí si dices una palabra!

—¡Está bien, señorito! exclamó el astur guardándose con asombro la moneda en el bolsillo de su cheleco.

Volvió Julio á hacer á Casimiro otra seña más significativa, y este se acercó hasta él.

—Estrella, ¡ábreos la puerta! ¡Vámonos! ¡Huye de aquí! dijo Julio en el colmo de su excitacion, que casi rayaba en delirio; hablaba como si ninguno le oyese.

En aquel instante la jóven, que vió que era llegado el momento decisivo, cayó desmayada junto al balcon.

Julio lo observó desde abajo.

—Y ahora, ¿qué se hace? exclamó desesperado el hermano de Carolina al ver que se habia desmayado la jóven y que permanecia la puerta del edificio cerrada.

—Todo se arreglará, todo se arreglará, dijo el cochero saltando del pescante, y como hombre que sabe ya de qué se trata; la cuestion es llevarse á esa jóven, ¿no es eso? Pues venga otra propineja como la que me ha dado, y en poco tiempo salimos del apuro.

—¿Cómo? ¡Sepamos!

—Venga la propina.

—Ten otra media onza; y Julio colocó otra moneda de oro en la mano del astur.

Este en seguida sacó del bolsillo de su capoton una ganzá y abrió la puerta con una rapidez increíble.

Casimiro y Julio permanecieron absortos.

El cochero les avivó diciendo:

—¡Entren Vds. á por ella! ¡Bájenla en seguida! ¡Yo me quedo aquí por si acaso se acerca alguno! Les avisaré; estas cosas se hacen de pronto, como quien se bebe un vaso de agua. La casa está aislada y nada puede suceder en el peor caso; ya conozco yo la casa, está sola; hay en ella además de la jóven un ama de llaves vieja, que ninguna resistencia podrá hacer; con que ¡al avío!

—¡Es cosa de decidirse! dijo Julio, y penetró en la casa.

Casimiro permaneció estupefacto.

No se pasaron muchos minutos, cuando el jóven sacaba en brazos á la desmayada Estrella.

Esta habia perdido el sentido por completo; metióse con ella en el carruaje.

El cochero se subió al pescante y el vehículo se alejó de allí entre una nube de polvo que levantaba al paso.

Una vez sacó Julio la cabeza por una de las ventanillas como si hubiera visto á alguno por el camino; en efecto, tropezó su mirada con la del inspector, que pasaba por allí.

Este debió ver á su hija, pues que exaltado empezó á llamar al cochero.

Comprendió este último que la cosa tenia gravedad; empezó á dar latigazos á su caballo con toda su fuerza, y este, casi desbocado, se perdió por la puerta de Atocha.

El inspector le siguió á escape; corrió cuanto pudo, pero al fin no logró su objeto; no volvió á dar más con el coche, ni pudo sospechar siquiera hácia dónde se dirigió.

CAPITULO VI.

La Providencia interviene.

Fueron terribles para Roberto los instantes que siguieron á la desaparicion de Estrella. ¿Qué iba á hacer él sin aquella hija por la cual y para la cual vivia? ¿A qué seguir existiendo? ¿A qué seguir trabajando? ¿Qué le importaba el mundo si Estrella ya no era suya, si ya no la veia á su lado, si ya no podia contemplar el brillo de sus pupilas, ni respirar el aliento que de sus labios brotaba?

¡Qué dias de angustia los primeros que vivió solo!

Una vez se dijo:

—¡Si esto tenia que suceder! ¡Yo he estado ciego; no debí ser con ella tan tirano! ¡No debí esclavizarla del modo que lo estuve haciendo!

Pero otras veces se ponía á reflexionar y se rectificaba así:

—Pero el caso es que si la hubiese dado libertad, más pronto hubiera volado; ¡ah! Y ahora, ¿qué es de mí? En vano la he buscado por todas partes; ¡tiempo perdido! ¡Trabajo inútil! ¡Es claro! El seductor habrá tenido buen cuidado de llevarla á un sitio donde yo no pueda acertar con ella; sí, se habrán ido de Madrid, se habrán marchado á cualquier sitio

con tal de estar seguros de que no voy á volver á dar con ellos; ¡es natural! ¡Oh! ¿Qué hacer ahora? Buscarla, buscarla á todo trance; ¡ellos caerán, estén aquí ó estén fuera! ¡Vergüenza me da que se haya apoderado de mí el desaliento! Pues ¿para qué soy inspector, y de qué me sirve la práctica que tengo en asuntos de esta índole? ¡Yo sin mi hija! ¿Cuándo habia de figurarme que ella estuviese lejos de mí y yo seguir viviendo? ¡Y ese infame la habrá quitado la honra! ¡Oh, qué horror!

Y Roberto al decir esto se pasaba la mano por los ojos, como si tratara de no ver una nube de fuego que se interponia entre el cielo y él; descendió hasta el último escalon de la amargura; llegó hasta el último peldaño de la desesperacion.

Jamás pensó que pudiera llegar á tal grado su abatimiento; sin embargo, todo era verdad.

El estaba solo, abandonado á sus rencores; ella tendia libre las alas, lejos de él por supuesto, y á su gusto, donde bien le parecia.

—Con afligirme nada adelanto, pensó una vez; lo que hay que hacer es obrar, buscar medios de dar con ellos, no desmayar nunca, estar siempre alerta; ahora es, Roberto, cuando debes hacer ver todo lo que vales en tu oficio.

Y desde que se dijo esto empezó á buscar por todas partes á aquella hija que le hacia falta; en medio de aquel cariño que siempre la tuvo apareció una mezcla de odio; ya llegó á conocer que Estrella y él eran incompatibles; por lo tanto no era todo amor lo que en pos de ella le impelia, era tambien egoismo.

Pero rebuscó hasta el último rincon de Madrid con tal de

hallarla, y se dió el plazo de quince dias, durante los cuales se prometió conseguir su propósito.

No descansó ni un momento; del barrio de Toledo se iba al de la Universidad; desde el del Hospital al de Palacio; del de Buenavista al del Centro; aquello era un torbellino; no vivia, no se daba cuenta de á qué hora debia comer, ni á qué hora dormir.

Pecó mil veces de imprudente en ciertas investigaciones; pero no lo sentia, porque pudiera muy bien haber dado con Estrella así como no dió; respondiéndose con esta razon se quedaba tan satisfecho; comprendió que toda prudencia y todo miramiento no serian más que obstáculos para encontrar á su hija; puso, en fin, sus cinco sentidos en hallarla.

—Pero ¡ay! pensó una vez, ¿cómo la encontraré? No quiero reflexionar más sobre ello; el caso es volver á tenerla á mi lado; el caso es que pague su delito ese miserable que la ha seducido sin duda, que hará con ella su felicidad, sí, porque él será dichoso y yo... ¡esto no puede resistirse! ¡Esto no es vivir! ¡Yo me ahogo! ¡Animo, Roberto! ¡Trabaja, observa, no descanses, no duermas, corre de un lado á otro, míralo todo, tú vencerás, sí, y ese infame pagará su crimen!

Pero pasaron los quince dias y nada consiguió el inspector; pasaron otros ocho de más desesperacion, de más dolor, de más abatimiento todavía, y tampoco dió con su hija; es más, ni tuvo el menor dato que pudiera inducirle á acertar la huella de sus pasos, ni siquiera sabia si estaba en Madrid ó fuera de él ó en el extranjero; en fin, nada; la más completa oscuridad siguió á aquella desaparicion; todo eran sombras; ¡oh, qué horror!

En su corazon habia estallado un infierno; llegó á hacerse aquella situacion insostenible; aquello de estar pensando á todas las horas del dia, á todas las horas de la noche, sin tregua, sin descanso, en Estrella, era un martirio que ni aun siendo más tenaz que Roberto se hubiera podido resistir; se determinó, no á abandonar el camino comenzado, sino á obrar más y reflexionar menos; y ¿qué medio habia para alejar de su mente aquella idea que estaba atormentándole? No habia más que uno; le aceptó pues; este medio consistia en volver á ser terrible con los demás delincuentes.

En seguida se acordó de Emilia; alguna relacion misteriosa tenian en su imaginacion Emilia y su hija, pues siempre que se acordaba de la una, poco á poco iba acordándose de la otra; sin explicarse el por qué, se le figuraba que todo el daño que á Emilia hiciese habia de caer tambien sobre la cabeza de Estrella; figurábasele que sus golpes iban más aprovechados sobre Emilia para tratar de vengarse de la burla que de él habia hecho su hija; ninguna, por lo tanto, mejor que la jóven abandonada á quien habia visto en Bilbao y á quien habia tenido presa, para saciar sus rencores; así olvidaria, siquiera por algunos instantes, á Estrella; así lograria desvanecer algun tanto aquellas ideas que le llenaban de sombra y que le hacian desdichado.

Los deseos que tuvo siempre de volver á dar con Emilia se convirtieron en un empeño decidido, en afan incansable; así es que buscó, indagó, inquirió por todas partes, en cuantos sitios pudieran darle razon de ello, cuál era el punto donde se hallaba.

Habia pasado cuando esto tenia lugar un mes preciso desde la desaparicion de Estrella de casa de su padre.

Supo al cabo que la jóven costurera habitaba un sotabanco de la plaza de Anton Martin.

Ya se hallaba contento; ya podia hacer daño á aquella infeliz, porque indudablemente en seguida habia de dar con su vivienda.

En efecto, preguntó en una y otra portería y en seguida le dijeron que en una de las esquinas que hácia la plaza de Anton Martin con la calle de la Magdalena vivia una jóven sola.

Hé aquí el diálogo que sostuvo con la portera de la casa donde hemos visto á Emilia hace algun tiempo enferma con una hermana de la Caridad al lado y Alfonso por enfermero:

—¿Con que dice Vd. que aquí vive una jóven sola?

—Sí señor; en el sotabanco.

—¿Con que en el sotabanco?

—Precisamente en el número 3.

—Bueno; pero, segun mis noticias, esa jóven tiene un niño...

—No; la jóven que vive arriba, yo le puedo asegurar á Vd. que no le tiene; por de pronto, no le lleva consigo; ahora, si lo tiene en otra parte, no lo puedo asegurar; ¡vaya Vd. á hacer caso de apariencias en los tiempos que corremos! ¡Vaya! ¡Pues no digo nada! ¡Se ven cosas! ¡Buena tonta seria!

—Y segun Vd. me ha dicho anda en misterios.

—Eso me parece; figúrese Vd. que apenas sale de día, y cuando sale de noche lo hace por poco tiempo, y en seguida se vuelve á casa; apenas saluda á la gente, ni á mí me dice *adios* cuando sale, ni se quiere rozar con ningun vecino; ¡es muy remilgada!

—Pues eso me indica que quiere que nadie la vea.

—¡Digo si hay misterio! Pues ¿y el jóven que viene todos los dias á verla y que se pasa arriba con ella grandes ratos?

—¡Pero si la que yo busco tiene un niño! Mas ahora me acuerdo que en las veces que la he seguido en la calle de Jacometrezo no la he visto niño ninguno; al contrario, todos los indicios eran de que no le tenia ya consigo, pensó Roberto como tratando de asegurarse más de que era Emilia la jóven que arriba estaba.

—Y ¿dice Vd. que sale de casa algunas veces de noche? preguntó el inspector á la portera con alguna calma.

—Sí; pero antes de que pase una hora ú hora y media se vuelve otra vez á casa; por supuesto, con el jóven al lado.

—¿Y sube á acompañarla?

—No; ¿qué falta le hace subir otra vez? Ella sube sola, se encierra en su cuarto, y ¡chiton! sin decir á nadie nada.

—No hay duda, es Emilia; es la que yo busco, murmuró entre dientes Roberto con cierta bárbara alegría, como la que debe tener el tigre al divisar la presa que juzga á su alcance.

Tenia su mano derecha metida en uno de los bolsillos del gaban, y si se le hubiera podido ver, se le hubiera contemplado acariciar un papel que tenia guardado allí.

Aquel papel no era otra cosa que la acusacion de D. Estéban, que el inspector habia recibido poco antes de salir de Bilbao.

Serian las nueve y media de la misma noche, y se hubiera podido ver al hombre que habia sostenido con la citada portera el diálogo anterior escondido en uno de los portales

de la plaza de Anton Martin y oculto en la sombra de una esquina inmediata á la casa.

Poco despues de las nueve y media llegaron á la puerta un jóven y la vecina del sotabanco que habia sido el objeto de la conversacion que hemos oido.

Por más que el acechador se esforzó por ver si conocia á aquel hombre, no pudo conseguirlo; iba perfectamente embozado en su capa y llevaba actitud de ocultarse; deseos tuvo de apoderarse de él; pero ¿sabia quién podria ser semejante desconocido? Lo que á él le interesaba era Emilia; era, pues, preciso no acordarse por entonces de ninguna otra cosa; el jóven se despidió, ella comenzó á subir la escalera. Apenas la jóven habia ascendido un tramo cuando empezó tambien á subir detrás de ella el hombre que estaba escondido entre la sombra que formaba la inmediata esquina; detrás de él siguieron otros tres; la jóven no hizo caso y continuó subiendo; sin embargo, á la mitad de la escalera se encontraria cuando algun temor debió asaltarla y aligeró el paso.

Los cuatro hombres que iban detrás notaron la agitacion de la jóven y tambien aligeraron el suyo; cada vez el primero de ellos, Roberto, aparecia más fiero y la risa que le caracterizaba se marcaba más en su semblante; brotaba de sus ojos un fulgor siniestro.

Iban los cuatro hombres sin hacer gran ruido; parecian acostumbrados á deslizarse sigilosamente en cualquiera parte sin que nadie se apercibiera de su presencia; horror daba verles; alguna mision funesta llevaban sin duda.

Cada vez corrian más; era señal de que la mujer á quien perseguian hacia lo propio.

Poco tiempo despues se sintió una llave que se introducía en una cerradura y el golpe de una puerta que se cerraba por dentro; la jóven habia entrado ya en su habitacion.

Entonces Roberto, volviéndose á sus otros tres compañeros, que eran subalternos suyos, les dijo:

—No importa; cree que eso la salva, pues está en un error grandísimo; ¡como si hubiera puerta capaz de detener á la policia! ¡Yo les aseguro á Vds. que abrirá! ¡Vaya si abrirá! Es una ladrona, una perdida y una miserable; en fin, una mala pécora, á la que conviene poner á la sombra cuanto antes; voy teniendo ya una porcion de acusaciones de ella, y conviene limpiar la sociedad de estos seres despreciables y corrompidos; sin duda se sospecha mi presencia; ¡já! ¡já! ¡já! Bien pronto será mia, y ya no volveré á tener ninguna compasion; me porté con ella bastante bien y vean Vds. los resultados; nada, nada, si no abre forzamos la puerta y punto concluido.

Acercáronse al sotabanco número 3 los cuatro polizontes; Roberto, como jefe que era, llamó á la puerta.

Nadie respondió.

Despues de unos segundos, viendo que el silencio era completo, que ninguna voz, que ningun ruido se oia dentro, Roberto volvió á llamar con más fuerza.

—¿Se ha quedado Vd. sorda? volvió á decir. Si á la tercera vez que llame no me responde Vd., echo la puerta abajo; déjese Vd. de bromas, ya la he conocido; Vd. es Emilia; ya sabe Vd. tambien quién soy yo; buen cuidado ha tenido de aligerar el paso; con que, nada, nada, ya se acabó la buena vida; haga el favor de abrirnos inmediatamente, y nada de contemplaciones; repare Vd. que está en mis manos, y

que nada adelantará con hacerse la desentendida; ¿abre usted? ¿Sí ó no?

Nadie absolutamente contestaba.

Miró Roberto por el agujero de la cerradura y todo estaba á oscuras dentro de la habitacion.

—Eso no importa, dijo el inspector encogiéndose de hombros; á ver, á ver, Largacho, saca la linterna sorda.

Y uno de los polizontes sacó de los grandes bolsillos de su capoton una linterna sorda.

A los pocos segundos iluminaba el pasillo de los sotabancos una luz clarísima, que parecía un rayo de luz eléctrica.

—Con que, amigos, no responde; ¡manos á la obra!

Apenas pronunció Roberto estas palabras, los tres subalternos comenzaron á trabajar en la puerta con herramientas que llevaban prevenidas de antemano. Con una rapidez increíble la puerta cedió.

Al girar sobre sus goznes hizo un ruido que pareció un gemido más bien que otra cosa.

—Largacho, alza la linterna sorda y ponte de modo que dé su luz de lleno en la cara de esa mujer, dijo Roberto adelantándose.

En efecto, cuando Roberto pronunciaba estas palabras habian percibido todos los policías que iban con él á una jóven que en actitud de ir á arrodillarse se dirigia hácia Roberto, ocultando su cara entre las manos como si se avergonzara de que aquellos hombres la vieran.

Como es de suponer, al ruido que se hizo con las herramientas al abrir la puerta del sotabanco acudieron gentes de la vecindad, todas las viejas de las bohardillas, todas las criadas de los pisos de abajo y algunas otras personas que

no eran de la vecindad y que habian subido al olor de lo que estaba sucediendo; pues hay una infinidad de gentes que no tienen otra ocupacion que acudir á aquellos sitios donde hay alguna diversion por este estilo. Debe ser el suyo un oficio muy divertido, en efecto, pues en Madrid apenas se pasa media hora sin que tenga lugar una escena de tal índole. Cuando un inspector de policía corre apresurado, y mucho más cuando lleva algunos agentes consigo, señal es de que va á haber caza.

Unase á todo esto la murmuracion de las porteras, que desfiguran el hecho, que llaman á todas sus amigas y se lo cuentan de diferente manera, y nuestros lectores podrán figurarse cómo, sin que sea exageracion, una infinidad de gente se agolpó á la puerta del sotabanco que la policía habia abierto á la fuerza, puesto que la inquilina de la habitacion no habia querido abrir.

Roberto sonreia de una manera feroz; cruzóse de brazos, y sin murmurar una palabra gozaba en verse dueño de aquella mujer á quien tanto tiempo habia estado persiguiendo; ya tenia otra vez el tigre su presa entre las garras, pero como la tenia á su alcance no queria dar un paso hácia adelante. La jóven cubria su rostro más cada vez y acercábase bastante hácia el inspector.

Al notar el silencio de este, todos los subalternos callaron, permanecieron mudos. Roberto era quien debia obrar, puesto que la cosa habia llegado hasta tal extremo.

—¿Por qué se tapa Vd. la cara? Pues qué, ¿cree Vd. que yo no la conozco? dijo el inspector con gravedad, dándose tono ante su víctima y midiendo las palabras para que hicieran más efecto; ¡separe Vd. esas manos!

La jóven se ahogaba en su amargura; por fin, no pudiendo resistir más la emoción, exclamó, descubriendo su cara, en la que apareció una expresión de horrible angustia:

—¡Padre! ¡Vd. me ha perdido!

Roberto creyó que soñaba; dió un paso hácia Estrella, ¡pues era Estrella la mujer que tenía delante!

—¡Qué es lo que dices! ¿Eres tú? ¡Dios mío! ¿Cómo aquí? Pero ¿qué significa esto? ¡Yo me vuelvo loco! ¿Dónde has estado? Pues qué, ¿no vivía aquí Emilia? ¡Habla, habla! ¡Deliro! ¿Es verdad que eres tú mi hija, la que me abandonó, la que se fué con un seductor? ¡Calla, no hables, sé cuanto puedes decirme! ¡Oh!

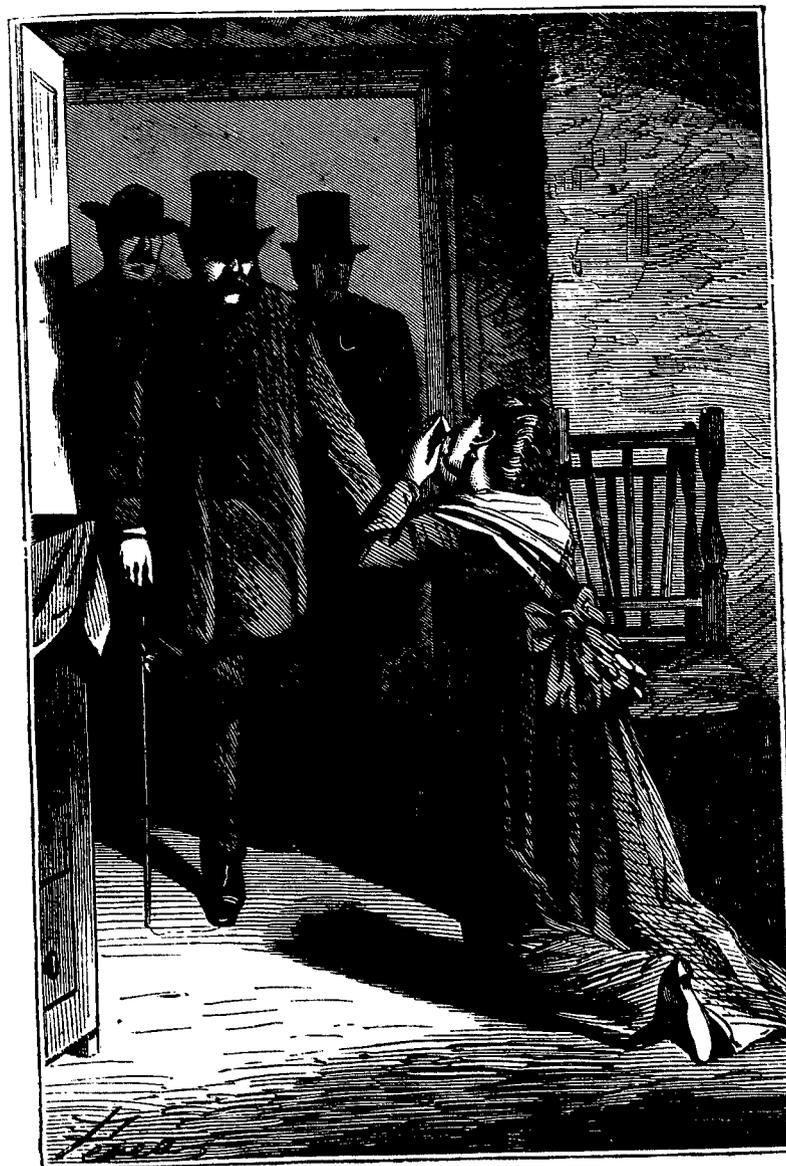
Roberto no pudo contenerse; en esto se acordó de que una infinidad de gente estaba agolpada á la puerta; se acordó de que antes que esta fuese forzada, cuando la turba le preguntó: «¿á quién busca Vd., Sr. Roberto?» él había contestado:

—A una perdida, á quien ando persiguiendo desde hace mucho tiempo; es una buena pieza, ya la verán Vds.

Cuando se acordó de aquello y de que todas las personas á quienes había dicho semejante cosa estaban delante presenciando lo que sucedía, ¡cuánto hubiera dado porque la tierra se hubiese abierto á sus piés, porque el cielo se hubiera hundido encima de su cabeza!

Creía perder el sentido; su corazón palpitaba de una manera violenta; hubiera sido imposible la vida si aquello se hubiera dilatado algunos minutos; fué aquel un golpe de esos que, ó nada impresionan, ó dejan á un hombre muerto.

Conoció que ya era tarde para librarse de la afrenta que sobre sí se había echado, porque había dicho que era su hijá y la habrían oído todos los que la escuchaban, puesto



—¡Padre! ¡Vd. me ha perdido!

que lo habia dicho alto; sin embargo, en cuanto se serenó se dirigió á la gente y dijo:

—¡Hagan Vds. el favor de retirarse! No es esta la jóven á quien buscaba.

Con aquello no estaba remediado todo; porque la portera recordaba todos los detalles que le habia dado de la jóven, y que convenian con las palabras del inspector en que, en efecto, la jóven que habitaba aquel sotabanco era una cualquiera, una libertina.

—Verdad es, decia la buena mujer, que él no sabia que era su hija, claro está, cuando ha dado ese paso; pero ya habrá podido ver que su hija es otra como la que él buscaba, ni más ni ménos; ¡pues vaya unos datos que yo he puesto en su conocimiento! ¡Lo que es las noticias que yo le he dado no son muy tranquilizadoras! ¡En fin, en fin, allá se las arreglen!

Cerróse la puerta del sotabanco y quedaron solos Roberto y Estrella; pero entonces se acordó Roberto de que toda aquella gente permaneceria agolpada en la escalera hasta que él volviese á salir; verdad es que él les habia dicho que se retiraran, pero la curiosidad les retendria allí; era necesario tomar una determinacion.

Todo el ódio que antes trataba de excitar contra la jóven, que no queria abrir la puerta de la habitacion, se convirtió en ódio hácia la multitud, á la que quiso enconar contra su víctima; ya les aborrecia á todos; á haber podido les hubiera deshecho entre sus manos.

Pero era necesario serenarse, porque con acalorarse nada ganaba; en estos casos deben pensarse las cosas con frialdad; hay que tomar la resolucion que más convenga; así es que

abrió la puerta antes de dirigir á Estrella ninguna palabra, y gritó con voz imperiosa:

—Les he dicho á Vds. que tengan la bondad de irse; y en cuanto á Vds., mis subalternos, váyanse también, que no hacen falta para nada; la policía se ha equivocado; si no se marchan todos inmediatamente, yo tomaré otra resolución.

Al ver la expresión feroz que Roberto mostraba en su rostro y al notar la fiereza de sus palabras, echaron todos á correr precipitadamente por la escalera, porque Roberto se había hecho célebre en todo Madrid; era el espanto de los desdichados que tenían la desgracia de sufrir bajo su poder; así es que cuando ménos aquellas impresionables gentes creyeron que iba á desencadenar contra ellas todas las iras del infierno; saltaron los peldaños á grandes zancadas, abarcando cuatro ó cinco escalones en cada una.

En seguida volvió á reinar el silencio en toda la vecindad, y la gente que ya á la puerta del portal se había reunido empezó á murmurar con disgusto:

—¡No es nada! ¡Si ahora salimos con que el inspector se ha equivocado!

—¡Algo habrá! ¡Aquí hay gato encerrado! ¡Quiere meternos los dedos por los ojos!

—¡Quiere hacernos comulgar con ruedas de molino!

—¡Tan bueno será el Sr. Roberto como todos los inspectores!

—Sí; le habrán dado dinero porque se calle, y ¡vea Vd.! ¡Ahora sale con que se ha equivocado! ¡Huum! ¡Ya voy viendo yo que todos son iguales!

Una vez solos la jóven y su padre, este cerró la puerta por dentro, asegurándola bien para que no pudiera entrar

ninguno, para que nadie pudiera molestarles; después se encará á su hija y procuró aparecer ante ella sereno.

Estrella, casi perdido el sentido, mostraba su semblante bañado de lágrimas.

¡Qué cosa más inesperada! ¡Cómo había de figurarse Roberto que cuando creía á Emilia entre sus manos é iba á saciar en ella toda su venganza, todos sus rencores, cómo había de figurarse que había de dar con su adorada Estrella, con aquella á quien había creído perdida para siempre, con aquella á quien había renunciado á hallar en el camino de la vida! En cuanto empezó á pensar un poco, cierta satisfacción sintió en su pecho; era verdad que la jóven le había abandonado; que había sido seducida por las doradas promesas de un amante; pero no era ménos cierto que al fin y al cabo la encontraba, y esto ya era algo.

En medio de todo volvió á figurarse que su poder comenzaba.

Mientras su hija estuvo lejos de él y libre, sentía cierto disgusto, cierta humillación, creíase vencido; pero una vez con Estrella junto á él, con su hija envuelta de nuevo en sus redes, sentía la tranquilidad y el orgullo del vencedor.

Ya desapareció en su mente el disgusto que tuvo cuando en medio de su primera impresión pronunció frases inconvenientes como las que, sin pensar lo que hacía, murmuró al ver á Estrella delante de sus ojos.

Esta, una vez solos, se arrodilló delante de su padre, alzó los ojos al cielo, puso las manos en cruz, y dijo con una voz desfallecida que casi le fué imposible á Roberto oír:

—Padre, ¡perdóneme Vd.! Es verdad que he faltado; es verdad que me he ido de su casa; es verdad que me he por-

tado mal con Vd., pero ¿qué habia de hacer? Yo no podia vivir de aquel modo; ¡aquella faz adusta que Vd. mostraba á todas horas, aquel ceño airado que siempre hallaba en Vd. cuando le miraba! Recuerde Vd. que ni una frase de consuelo me dirigió nunca, que jamás pensó en satisfacer ninguno de mis caprichos juveniles, infantiles tal vez, pero que son la verdadera vida para quien tiene ilusiones. Vd. comprenderá que me era imposible seguir viviendo de aquel modo. Además, yo tenia un amor; Vd. sabe que amaba á un jóven, á Julio; Vd. tenia conocimiento de esto y trataba de impedir, de cortar nuestro amor, de ahogar la pasion que en nuestros corazones sentiamos; yo me volví loca, no sé lo que pasó por mí; se me fué la cabeza y le dejé á Vd. ¡Me fuí con él! Aquí me tiene Vd. ¡Máteme Vd. ó perdóneme! Haga Vd. lo que quiera, me es lo mismo todo...

Roberto se quedó mirando á Estrella; aquellas palabras de la jóven habíanle confirmado en que era realidad lo que tenia delante de sus ojos, en que todo era cierto, en que su desgracia era un hecho; pero tambien volvió á insistir en la idea de que ya era otra vez Estrella suya.

Creyó que con recobrarla, con volver á llevársela á su casa ya estaba todo arreglado; creyó que aquella pasion habia concluido; que se habia deshecho la nube; que todo se reducía á un escándalo dado en un punto retirado de Madrid; que él podria seguir viviendo para su hija y que nadie volveria á saber nada de ella y de lo ocurrido en la plaza de Anton Martin; que no era tan grande su mal como en un principio se le figuró; que volveria á ser la jóven el encanto de su casa, pues él la perdonaria y ella, en cambio, agradecida por este perdon, le tomaria algun cariño.

Cuando se acordaba de Julio y de la felicidad que habia logrado, la mente se le turbaba, confundíasele la imaginacion; pero trataba de echar tierra encima, como suele decirse, desplegaba un velo delante de todas aquellas ideas y lo olvidaba todo.

Volvieron á renacer en su corazon los instintos de hacer daño, y ya comenzó á imaginar cómo habia de hacer daño á Julio. Una vez con Estrella suya, esta le diria dónde el jóven estaba y la hora en que solia volver; una vez Julio en sus manos, ya buscaria él medios de hacer que todo el rigor, no solo de la ley, sino de su venganza personal, cayera sobre él.

Como hombre que ha vencido, dijo á Estrella con alguna tranquilidad:

—¡Levántate! ¡Ven conmigo! ¡Te perdono! Vas á ayudarme á tomar una venganza terrible contra tu seductor.

—¡Padre, no, que le amo!

—¿Y aun te atreves á decirme semejante cosa? Sois siempre las mismas; amais á los que os humillan; todas sois iguales, sí. ¡Tú me ayudarás á vengarme, quieras ó no quieras!

—¡Padre, no; máteme Vd. si quiere, pero á él no le haga daño! ¡Le adoro cada vez más!

LIBRO SEXTO.

SE LES CREE FELICES.

CAPITULO PRIMERO.

¡No les deis la mano!

Heliodoro no habia aprendido su modo de pensar en ningun libro determinado; habia tenido un tio que le habia acostumbrado á ver las cosas del mundo de la manera que el jóven las veia.

Dicho tio de Heliodoro era un señor bastante rico; tendria próximamente cuarenta y cinco años; vivia solo en Madrid, por más que tuviese familia en Valencia, de donde era natural.

Llamábase Pedro Alcántara y vivia de sus rentas; tenia en el Cabañal una alquería, á donde solia ir algunas temporadas durante la primavera; poseia tambien en la ciudad algunas casas y bastantes tierras en la provincia.

En una de sus huertas era donde nacia los mejores eliotropos y los primeros que se conocieron en España.

Pedro Alcántara era un tipo especial; era más animado

que pudiera serlo ningún joven de veinte años; pero no era su alegría esa que da la sencillez, no; Pedro Alcántara era un hombre cínico, excéptico rematado, y no tenía inconveniente ninguno en confesarlo así; todo por el contrario, hacía gala de sus creencias; aunque no viniera al caso, hablaba de Voltaire ó de Rabelais, ó decantaba los placeres de Lúculo, Heliogábalo y otros señores por este estilo de la corte romana.

Entregábase á cierta clase de literatura poco honesta; esto era en su vida íntima.

En su vida para con la sociedad trataba de darse importancia con motivo de su despreocupación de ideas.

Solía vestir con elegancia; gastaba mucho en trajes; tenía abono en el Real, en Jovellanos y en el Circo; tenía caballo, tenía coche, vivía en fonda, y tenía alquilada por todo el año la mejor habitación de las Peninsulares, que en aquel tiempo era la aristocracia de las fondas, por más que hoy existan el hotel de Rusia, el hotel de París y el hotel de los Príncipes, que son las fondas de tono, donde van los elegantes y los ricos en las temporadas que pasan en Madrid.

De vez en cuando Pedro Alcántara hacía su viajecito á París ó á Londres; conocía el francés y algo el inglés.

Hablaba de todo; era bastante instruido: en literatura optaba por Shakespeare y por Byron; en filosofía por Krause, por más que no le entendiera, pues creemos que haya muy pocos mortales que hayan entendido los razonamientos de este filósofo; sea esto dicho con perdón de esa nueva *secta* de krausistas que hoy se dan importancia haciendo ver á las gentes que saben descifrar los jeroglíficos y las charadas de semejante filosofía.

Siempre que hablaba era hinchado, campanudo y ampuloso como Nicolás Salmerón en el Congreso y en la cátedra.

En fin, el caso es que nuestro héroe se divertía, eso sí; pasábase años enteros sin saber qué era de su familia, y cuando le daban la noticia de que alguno de sus parientes había muerto, no era muy extraño oírle preguntar:

—Pues qué, ¿no se murió ese hace una porción de años?

Y no se crea que cuando esto sucedía era muy lejano el pariente de que le hablaban; algunas veces era un primo ó tío carnal.

Comía á menudo en sitios desconocidos, pues en la fonda quedaba vacante su cubierto con mucha frecuencia.

Algunas veces también se pasaba algunas noches sin parecer por las Peninsulares; en Lhardy se le veía de vez en cuando en cenas de carácter un poco subido.

Solo había uno de la familia con quien solía tratarse un poco, y este era Heliodoro.

Como daba la casualidad de que Heliodoro estudiaba en Madrid y Pedro Alcántara vivía en Madrid también casi todos los meses del año, habíanse hecho bastante amigos.

A Heliodoro le chocó en un principio el modo de pensar de su tío, la indiferencia con que veía las cosas más trascendentales, aquello que más le debiera interesar, pero desde luego comprendió que su tío era el rey de todos los círculos á donde solía concurrir.

Era Pedro Alcántara sumamente irónico y blasonaba de no respetar nada; decía á boca llena que nada existía que no pudiera ponerse á discusión; discutía la divinidad, discutía lo infinito, la inmortalidad, el espíritu, la materia; en fin, to-

das esas cosas que por entonces no se habian manoseado tanto como por esta época.

Siempre que llegaba el caso se reia de los curas ó los elogiaba con ironía profunda; cuando de esto hablaba, echábanse á reir cuantos le oian.

A Heliodoro le gustaba aquello; fuese por carácter, fuese por deslumbramiento, es el caso que no se pasaba dia sin que estuviera con su tio.

Por fin, en la última época á que alcanza la accion de nuestra historia, vivia en las Peninsulares con él mientras que Julio vivia con Alfonso en el cuarto tercero de la calle de Jacometrezo.

A medida que Heliodoro fué entrando en años, fué empapándose más en las doctrinas de Pedro Alcántara; ya sin necesidad de que aquel estuviese delante sabia hablar de la diosa Razon, de los dos elementos universales, fuerza y materia, de la idea de Dios, de la verdad, y comprendia que hacia efecto; aquello le animó á seguir por tan magnífico camino; era el más fácil que podia presentarse á sus ojos.

Su tio le habia enseñado este axioma:

—Heliodoro, reirse es triunfar; toda la ciencia del hombre la reduciria yo á saber reirse; todo consiste en aprender esa ciencia; no hay mejor escalera para sobreponerse á todo que la ironía; sé irónico, escarnece, búrlate; ni ante nada ni ante nadie descubras tu cabeza; duda de todo, sé absoluto en la teoría y eclético en la práctica.

El caso es que aprendió tanto el jóven las máximas que por este estilo su tio le daba, que á los dos ó tres años de haberse ambos tratado ya le daba á aquel quince y raya; habíase hecho más excéptico que él.

Heliodoro llegó á ser terrible; el círculo de aduladores que le seguia era grande; iba robusteciéndose; cada vez eran más numerosos los conocimientos que habia adquirido; con el estudio de la medicina fortificóse, no en sus creencias, sí en su hipocresía; aquel estudio le dió más elementos para aparecer aun más excéptico de lo que en un principio quiso aparentar que era.

Una vez su tio le dijo:

—No ames á nadie, Heliodoro; amar es sacrificarse; no sueñes; soñar es rendirse; piensa, pensar es sobreponerse; pensar es estar despierto, soñar es dormir; no te rindas por nada ni por nadie, sé indómito, no respetes ninguno de esos ideales que hoy la humanidad venera. Casi todos los hombres son unos niños y ¿sabes por qué? Los unos por débiles de carácter, los otros por buenos sentimientos, los otros por las falsas ideas que tienen, hay muy pocos que estén en lo firme; nosotros lo estamos, Heliodoro; por eso triunfamos, ¿no lo ves? Somos felices.

De tal modo fué imbuyéndose en las máximas de su tio, que llegó á parecerle este débil.

Algun tiempo despues ya el mismo Pedro Alcántara se asustaba de las ideas de su sobrino; podia aprender de los labios de Heliodoro cosas que á él, á pesar de su despreocupacion, le parecian enormidades.

Una vez se descuidó Pedro Alcántara en decirle:

—Tú eres de la familia el que me quiere más, Heliodoro.

—Rectifico, dijo este; eso no es lo que me ha enseñado Vd.; yo no le quiero á Vd. nada, no vaya á figurarse otra cosa; ya sabe Vd. que querer es rendirse; bien pocos dias hace que Vd. me lo dijo.